REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 25 DE 1933 — No. 16



La Furia de los Malones

POR

Pablo Rojas Paz

ILUSTRACION DE RECHAIN

"Camaradas de la División del Sur:
No tenemos yerba, ni tabaco, ni pan, ni ropas, ni recursos, ni esperanzas de recibirlos... ¡Estamos en la última miseria, pero tenemos deberes que cumplir!".
(Orden del día, de Guaminí).

EN las estancias del sur de Buenos Aires, cuando se hace rueda de fogón, surge, a veces, la conversación sobre las invasiones de los indios. Advertí, con frecuencia, que el terror que infundieron los malones sobrevivía aún, a través de las generaciones de campesinos.

La paisanada hablaba con cierto placer pánico de las boleadoras con paja encendida que se tiraban sobre los ranchos; del rellenamiento de los fosos de los fortines haciendo caer en ellos a las ovejas de las grandes arriadas que alcanzaban, a veces, a treinta mil cabezas para ir a venderlas a Chile; del terror que producían la desolación y la muerte. Todos estos detalles servían para alimentar el prestigio de una época de la Pampa, en que la tierra fué disputada palmo a palmo.

Hasta que no llegó el remington, los indios fueron los dueños de la Pampa —oí decir cierta vez a un paisano con quien íbamos caminando campo afuera por Las Flores.

Nunca se tuvo con los indios una política clara y precisa. Cada jefe, cada gobernante, propiciaba un programa distinto de acción. Hubo algunos expedicionarios que ni siquiera conocían el terreno en que debían operar, extraviándose en medio de la extensión.

Por otro lado, los indios eran unos diplomáticos sutiles y peligrosos. Hay que leer, por ejemplo, las conversaciones del entonces coronel Mansilla cuando tuvo que ir a pactar con los indios Ranqueles. Pocas veces cumplían con lo convenido y tenían poca fe a los cristianos. Lo que ellos defendían por encima de todas las cosas era su tierra. Desconfiaban de todo; comprendían que el intento de sus enemigos era echarlos cada vez más atrás, hasta obligarlos a pasar los grandes ríos de la Patagonia; tenían por demonios a los ingenieros, que iban a demarcar el terreno; consideraban todo esto como una profanación. "Ni la Nación, ni el Congreso, pueden consentir por más tiempo que los bárbaros de la Pampa, con violación de los tratados más solemnes, sigan asolando y destruyendo nuestras poblaciones fronterizas. Es evidente que un remedio actual e inmediato se necesita para que desaparezca ese violento, ese espantoso estado de cosas". Tales son las palabras inscriptas en el diario de sesiones del Senado Nacional del año 1867.

★

El único a quien los indios respetaron y temieron fué a don Juan Manuel de Rosas. No era nada sentimental en el trato con ellos; los hacía cumplir con los tratados a las buenas o a las malas. Dice Alfredo Ebelot, en un artículo publicado en la "Revue de Deux Mondes", el año 1876 —cuya traducción apareció en los Anales de la Sociedad Rural— que en el fondo de la Pampa existía una laguna que le llamaban La Colorada, porque una tribu entera fué pasada a cuchillo. "Si pudiese volver don Juan Manuel; con él nos entendíamos muy bien", decían los indios.

Y era que Rosas, como todo dominador, tenía una sugestión especial, que influía enormemente sobre la psiquis de los indios semibárbaros. No era otra la cualidad de Calvucurá, que tenía un prestigio fantástico entre las tribus, porque sabía dominarlas con elementos ultraterrestres, si pudiera decirse de este modo.

Villa Fidelidad

En el mes de septiembre de 1856, el jefe del ejército de la Frontera del Sur, general Manuel Escalada compró a la Comuna del Azul, en nombre del gobierno de la provincia de Buenos Aires, una extensión de tierra situada sobre la margen izquierda del arroyo. Este espacio fué distribuído en solares entre los capitanejos e individuos de las tribus que obedecían a Catriel y Cachul. Se trataba, de este modo, de recompensar la sumisión de las tribus nombradas. En 1855 —dice don Rómulo Muñiz—, la inseguridad llegó a tal extremo que los campos fronterizos se despoblaban, pues las gentes huían ante el peligro diario de caer en manos de los indios, que tenían la audacia de anunciar en qué luna iban a llegar. "El terror era tan grande, que el comandante del Azul, en parte al Ministerio de Guerra, le decía que "no pasa una hora que no reciba noticias, partes, etc., sobre la entrada de indios. Estas pobres gentes están viendo en cada paja del campo, un indio grandote".

Los indios mansos

Cipriano Catriel había sido asesinado y ocupaba su lugar, en el mando de la tribu, Juan José Catriel. Un día llegó al Azul el coronel Nicolás Lavalle, produciéndose, de inmediato, una gran desinteligencia entre el coronel y el cacique, a causa de la distribución de los víveres. Catriel debía recibir, de manos de un representante del gobierno, los víveres y recursos a que el gobierno se había comprometido. Pero entró a reinar la coima. Catriel recibía mucho menos de lo establecido, pero firmaba conformidad por el total de lo convenido. Esta anormalidad traía, como consecuencia, que a cada indio le tocara mucho menos de lo calculado.

Los indios, mal alimentados, mal provistos, se dedicaban a robar. No comprendían éstos cómo los cristianos los habían engañado dándoles mucho menos que lo convenido. Continuamente, a toda hora, aún en el centro de la entonces modesta población del Azul, los indios se llevaban lo que podían y huían hacia sus toldos de cuero. Cuando los habitantes de esas regiones se presentaban a quejarse por la actitud de los indios, Catriel les contestaba invariablemente:

—Hermano; lo hubieras muerto como un perro.

★

El coronel Levalle, que se había formado en la guerra del Paraguay, que sabía lo que era pelear y marchas forzadas, también entendía de administración. Quiso estar presente en los momentos en que los indios recibían la proveeduría. Catriel se negó a ello, pues encontraba que era una falta de consideración. Pero no podía negarse por mucho tiempo, pues, aparentemente, se trataba de una actitud favorable a él. "El coronel quiso asistir a la distribución de víveres —cuenta Ebelot en la narración ya citada—. Contó los novillos, midió el aguardiente, pesó el tabaco y, comprobando un déficit, pidió explicaciones de lo que aquéllo significaba. El proveedor mostró el recibo del cacique. El coronel lo tomó como pieza de convicción y lo envió al Ministerio de la Guerra. El incidente metió ruido; nada podía ser más desagradable a Catriel". Dentro de la tribu se produjeron diversas opiniones, los caciques y capitanejos estuvieron de acuerdo en que había una evidente falta de respeto hacia Catriel; pero el indio humilde, el de las capas más bajas de la tribu, comprendió que el cristiano había procedido bien.

El coronel Levalle no se limitó a esta actitud. Creyó necesario hacerles comprender a los indios que el estar incorporados al ejército nacional era una cosa seria. En un momento determinado llegaron rumores que se estaban preparando unos malones. Entonces Levalle 'puso a toda la tribu sobre las armas y la llevó, en observación, sobre la línea de fronteras". Allí la tuvo tres meses. Esta medida permitiría tomar una actitud que hubiera sido imposible antes. Se convino en que ellos mismos buscaran el territorio que les conviniese y que se establecieran en ellos. La noticia del alejamiento de los indios causó una intensa alegría entre los pobladores del Azul. Hacía veinte años que los estaban soportando. Por todos motivos era incómoda la vecindad de los indios; los robos eran cosa cotidiana y a nadie podía acusarse de ello. Las plantaciones y cultivos eran dañados. Y si a esto se añadía toda una población, no siempre deseable, que se había establecido en Azul para negociar con los indios, se comprenderá cómo un pueblo, organizado por los bearneses, que habían ido a esas regiones a trabajar, encontraran incómoda la situación de vecindad con los indios.

Lo que pasaba, en general, era que el indio se moría de hambre. Si sumisos, eran esquilmados por quienes estaban encargados de cuidarlos; si libres, el arreo de los animales que robaban los obligaba a hacer miles de leguas para venderlos en Chile y conseguir aguardiente y algunas otras cosas más.

Y cuando, con toda falta de política —dice Rómulo Muñoz— sin causa que lo justificara, el jefe de frontera aprisiona a los indios de los caciques Manuel Grande y Chipitrus, que vivían reducidos al amparo de los cristianos, Calfucurá saldría, viejo ya, de su sosiego para vengar a sus hermanos.

En efecto; algunos caciques, entre ellos Manuel Grande y Chipitrus, habíanse declarado en contra de la dominación de Catriel, y separándose de la tribu, el coronel Elías, jefe de las fuerzas de las fronteras, dispuso que estos hombres volvieran a las órdenes del Gran Cacique. Los hombres de Calfucir, Chipitruz y Manuel Grande, que se habían reunido a deliberar, fueron sorprendidos por el coronel Elías, que arreó con el ganado, encargando a Catriel arrear con las familias. Algunos de los indios que se libraron de esta persecución fueron, en número de cien, a pedir protección al juez de paz del Azul. La protección que encontraron fué la cárcel, y el ser enviados después a realizar trabajos forzados a Martín García. Como trescientos indios más se presentaron a otro jefe de fronteras, el cual comunicó el hecho al gobierno, recibiendo de éste la orden de aprisionarlos a todos. (Alvaro Barros "Fronteras y territorios federales", página 120 y siguientes).

Ante tamaña injusticia, los hijos del desierto se convocan a través de la extensión para vengar la ofensa inferida por los cristianos.

La lucha iba a ser terrible. Calvucurá tiene setenta años, pero guarda su entereza, su recia voluntad de vencer. Tres mil quinientos lanceros, probados en correrías por las pampas, están bajo su mando. Se le unen a él los grandes caudillos, deseosos de venganza. Está Reuqué Curá hermano del emperador, que más tarde había de ansiar la corona de la Pampa. Se encuentra allí, también, Epumer, el de los Ranqueles, de quien con tanta simpatía habla Mansilla. Epumer, el de los negros ojos y el de los ademanes ceremoniosos, pero de violenta decisión en el combate. Estaba allí, también, el terrible Pincén, que bastaba nombrarlo para sembrar el terror entre los pobladores que esperaban el pavoroso ulular de la horda en medio de la noche profunda. Y estaban allí Manuel Namuncurá, el que más tarde ocuparía el trono vacante y que sería el último emperador de la Pampa, apresado en el momento de cruzar la cordillera.

El emperador de las pampas sabía cumplir con los fundamentales deberes de la amistad; él se había indignado ante un acto de injusticia, pero esto no le impedía considerar que, entre los cristianos, había buenas personas. Y como ejemplo de la calidad de este personaje, invito a leer la carta que, por esa época, mandó al coronel Juan Boer, explicándole su actitud:

"La Verde, 5 de marzo de 1872. — Señor coronel don Juan Boer. — Señor coronel: Hoy le participo que el día 5 vine a sorprender al cacique mayor Andrés Raninqueo, con toda la indiada; así es que me vine con seis mil indios, a vengarme por la gran picardía que hicieron con Manuel Grande y Chipitrus y demás capitanes; en fin, de muchas picardías que han hecho con los soldados de Manuel Grande, y creo le mandase hacer lo mismo a Raninqueo, porque ustedes no lo vuelvan a hacer con él; así que, por su fuerte, no me asomaré y no haré ningún daño en esa parte, porque somos amigos. No se nos ofrece otra cosa y sólo le pido se aplaque. Como jefe, lo saluda éste, su atento servidor. — Juan Calfucurá". He aquí una carta que hay que leer cuidadosamente por su sintaxis caótica. Es, sin embargo, la expresión del estado de espíritu del indio. Se advierte que está soportando el deseo de venganza y que pasará por las poblaciones como una trágica tempestad, arruinándolo todo. Era, a no dudarlo, su paso por los pueblos, como el de las hordas asiáticas. Calvucurá consideraba necesario explicar su actitud ante los amigos cristianos. El coronel Boer era de su amistad y no quería que lo juzgase de mala manera. Por eso le informa que en ningún momento atacará por el lado que él defiende. El malón seguirá otro trayecto.

La furia del malón

Los indios se desviaron de los campos del Azul y se dirigieron hacia 25 de Mayo, 9 de Julio y Alvear, devastando totalmente cuanto encontraban a su paso. El saqueo de las poblaciones, el incendio de los ranchos, el degüello de los que cometían la imprudencia de defenderse, el arreo del ganado, el cautiverio de las mujeres y la destrucción de los campos eran los objetivos fundamentales y únicos de los indios no bien pasaban las fronteras. En esta ocasión, los indios se llevan ciento cincuenta mil cabezas de ganado y los muertos y los cautivos suman centenares. Una vez que los indios destruyeron las poblaciones, degollaron a cuantos se les opusieron a su paso, buscaron el rumbo más corto hacia la frontera, eludiendo siempre el posible encuentro con el general Rivas.

Namuncurá asolaba las inmediaciones del Azul y llegó a sitiar la ciudad. Pincen y Baigorrita se habían dirigido hacia la Blanca Grande, con el objeto de apoderarse de ella. Fueron rechazados a cañonazos y desperdigados en medio del campo; consiguieron, no obstante, unirse e invadir Tapalqué, al Oeste del Azul. Estaba el desierto cubierto de lanzas; de las más distantes regiones habían concurrido a sumarse al ejército de las Salinas Grandes. En casi todos los fortines —dice Ebelot—, de Blanca Grande a Lavalle, las guarniciones cristianas habían sido pasadas a cuchillo y arreada la caballada. Las comunicaciones entre los fuertes estaban cortadas; en todas partes se elevaban las llamas de los incendios. Una espesa capa de ceniza humeante señalaba el sitio donde antes se levantaba una población. Con frecuencia se producía el macabro hallazgo de un cadáver decapitado. El terror enloquecía a las poblaciones, las cuales preparaban, a veces, la fuga en medio de los campos.



★

El único que podía detener a los indios era el general Rivas, que estaba en el Azul. Por los chasques, que llegaban matando caballos, se enteró este militar de la invasión que abarcaba toda la línea de las fronteras. A pesar de que era inferior, en número, a los indios, comprendió que era necesario sacrificarse para detener el malón, que amenazaba con destrozar totalmente cuanto la civilización había realizado en esas regiones. En esas circunstancias fué que el general Rivas recibió del coronel Boer un llamado angustioso desde San Carlos. El coronel Boer estaba sitiado y sin elementos para defenderse. Rivas, reforzado por los hombres de los indios amigos de Catriel y Coliqueo se dirigió hacia San Carlos, uniéndose con Boer, que desesperaba ya de recibir cualquier clase de auxilio. Calvucurá tiene demasiada confianza en creer que puede aplastar al enemigo. Todo estaba preparado para el ataque, y los ejércitos se dispusieron de la siguiente manera:

Fuerzas del general Rivas: A la derecha, 800 lanceros de Catriel. Centro: 2º Batallón de línea, de 170 plazas; regimiento 9º de Caballería, 50 plazas. A la izquierda, 5º de línea, 95 hombres; 140 lanceros de Coliqueo; 80 guardias nacionatles; 70 vecinos y 50 hombres del 5º de caballería. (Memoria de Guerra y Marina del año 72).

El ejército de Calvucurá distribuyó sus fuerzas en esta forma:

A la derecha, División chilena de 1000 lanzas, con Renquecurá por jefe. En el Centro, la División de Salinas Grandes, con 1000 lanceros, al mando de Catricurá. En el ala izquierda, las 1000 lanzas de los aliados de Neuquén y de Chile, que tenían por jefe a Namuncurá.

Total: 1455 hombres del ejército de Rivas contra 3000 —sin contar la reserva, a cargo de Epumer— del ejército de Calvucurá.

El odio a Catriel

Los ejércitos están frente a frente y Calvucurá arenga a los indios con frases llenas de violencia y de pasión; les recuerda que el cristiano quiere quitarles las tierras y que persigue y tortura a los indios que caen en sus manos; les promete que Catriel se pasará a ellos en cuanto comience el combate; les advierte que primero ataquen con lanzas secas y que luego usen las boleadoras y la daga. Calvucurá comprende que la superioridad numérica que posee lo pone en condiciones de demostrar sus altas virtudes estratégicas; se considera, así, como el Napoleón de la Pampa. No hará un ataque imprevisto ni se valdrá de la astucia. Hará movimientos ordenados, que su Estado Mayor coordinará y dirigirá. Y tiene, además, la reserva ranquelina para ayudar aquella parte del ejército que flaquee. Los indios marchan en orden, dando la impresión del verdadero ejército; ya no se trata de una horda que se lanza sobre los cristianos en tremendo son de batalla.

★

La distancia se acorta y el formidable clamoreo de los indios asusta las aves que pasaban y se difunde por el campo en un vasto rumor de mar. La pampa parece empinarse para contemplar la batalla. El pequeño ejército cristiano resiste bravamente el ataque enemigo. Pero los indios dirigen su primer envión violento contra Catriel y sus ochocientos lanceros. El cacique, sumiso, resiste el ataque, pero algunos de sus hombres se atemorizan y quieren volverse al enemigo. Entonces el jefe los hace fusilar en pleno campo de batalla y la indecisión termina. Las hordas indígenas lanzan ensordecedores alaridos y cargan a caballo, con toda violencia. Calvucurá observa el desarrollo de la acción y, en determinado momento, manda echar pie a tierra y se arrojan sobre la división de Catriel.

★

El general Rivas confiaba en su pequeño ejército de soldados, pero sabía que la suerte del combate debería decidirla Catriel y sus 800 lanceros. Todo el grueso del ejército de las pampas se vuelca sobre la indomable bravura de Catriel. Sus hombres avanzan, retroceden, vuelven al mismo sitio e, inconmovibles después, resisten heroicamente el embate de los enemigos de ahora. Epumer va en auxilio de las alas que luchan contra el cacique sometido. Los indios, desmelenados, terribles, aullando como furias, haciendo vibrar las piedras por encima de las multitudes combatientes, inician, de pronto, una vuelta hacia su nueva táctica de pelea desorganizada y violentísima. Catriel vé que sus hombres están declinando y que algunos están a punto de abandonar el combte. Y entonces Rivas lanza oportunamente hacia ellos los 50 guardias nacionales y los 80 hombres de infantería. Es el momento dramático de la batalla; quien venza en este episodio será el victorioso. Cuerpo a cuerpo, pie a tierra, a caballo, a pedradas, a lanzazos, a cuchillo, a garrotazos, y las altas tacuaras irguiéndose y levantándose en cada momento. El aullido de los indios apaga el estruendo de la fusilería; el galope enloquecido de los caballos sin dueño que pasaban pisoteando los heridos; el sonoro clarín allá lejos; los ayes de los heridos, todo, se conjugaba en un verdadero alarido salvaje, que parecía estremecer toda la pampa. Estaba peleando la civilización y la barbarie. Los bárbaros han sido rechazados definitivamente. El crepúsculo, casi doloroso, se disolvió sobre la tierra tinta en sangre. Rivas decidió no perseguir a los indios, que se dieron a la fuga hasta hundirse en el fondo de la pampa.

★

Por primera vez, Calvucurá había sido vencido. Dejó doscientos muertos en el campo de batalla y todo lo que había recogido en los malones realizados: 70.000 vacas, 15.000 caballos, según lo establecen los partes del general Rivas y del coronel Boer y la Memoria de Guerra y Marina del año 1872.

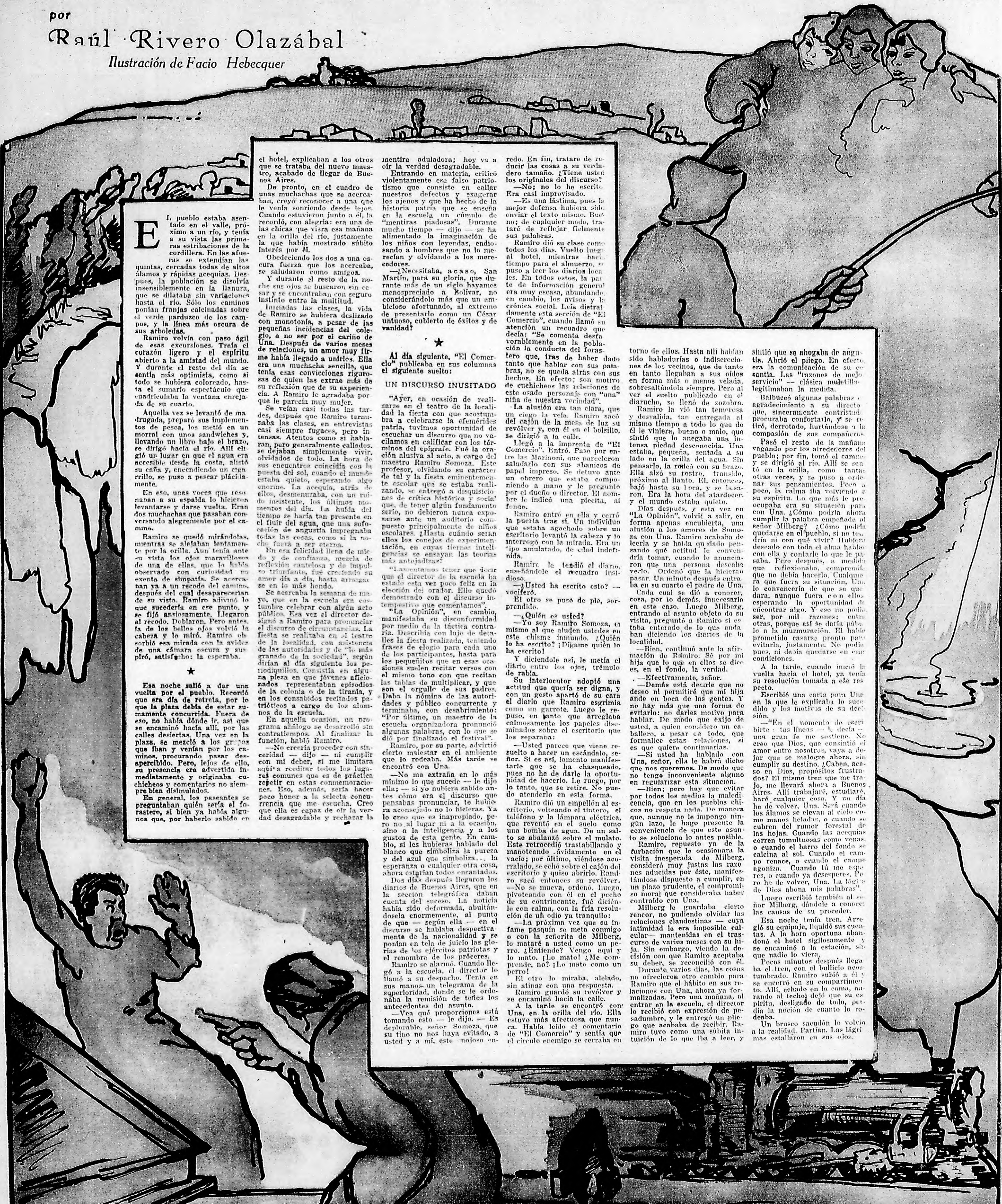
Calvucurá no debería sobrevivir mucho tiempo a este desastre. Al año siguiente moría en Salinas Grandes el emperador de las pampas, el Genghis Khan victorioso que, durante cuarenta años, había gobernado en gran parte del territorio argentino.

SITIADO EN EL PUEBLO CHICO

por

Raúl Rivero Olazábal

Ilustración de Facio Hebecquer



EL pueblo estaba asentado en el valle, próximo a un río, y tenía a su vista las primeras estribaciones de la cordillera. En las afueras se extendían las quintas, cercadas todas de altos álamos y rápidas acequias. Después, la población se disolvía insensiblemente en la llanura, que se dilataba sin variaciones hasta el río. Sólo los caminos ponían franjas calcinadas sobre el verde parduzco de los campos, y la línea más oscura de sus arboledas.

Ramiro volvía con paso ágil de esas excursiones. Traía el corazón ligero y el espíritu abierto a la amistad del mundo. Y durante el resto del día se sentía más optimista, como si todo se hubiera coloreado, hasta el sumario espectáculo que cuadriculaba la ventana enrejada de su cuarto.

Aquella vez se levantó de madrugada, preparó sus implementos de pesca, los metió en un morral con unos sandwiches y, llevando un libro bajo el brazo, se dirigió hacia el río. Allí eligió un lugar en que el agua era accesible desde la costa, alistó su caña y, encendiendo un cigarrillo, se puso a pescar plácidamente.

En eso, unas voces que resonaban a su espalda lo hicieron levantarse y darse vuelta. Eran dos muchachas que pasaban conversando alegremente por el camino.

Ramiro se quedó mirándolas, mientras se alejaban lentamente por la orilla. Aun tenía ante su vista los ojos maravillosos de una de ellas, que lo había observado con curiosidad no exenta de simpatía. Se acercaban ya a un recodo del camino, después del cual desaparecerían de su vista. Ramiro adivinó lo que sucedería en ese punto, y se fijó ansiosamente. Llegaron al recodo. Doblaron. Pero antes, la de los bellos ojos volvió la cabeza y lo miró. Ramiro obsorbió esa mirada con la avidez de una cámara oscura y suspiró, satisfecho: la esperaba.

★

Esa noche salió a dar una vuelta por el pueblo. Recordó que era día de retreta, por lo que la plaza debía de estar sumamente concurrida. Fuera de eso, no había dónde ir, así que se encaminó hacía allí, por las calles desiertas. Una vez en la plaza, se mezcló a los grupos que iban y venían por los caminos, procurando pasar desapercibido. Pero, lejos de ello, su presencia era advertida inmediatamente y originaba cuchicheos y comentarios no siempre bien disimulados.

En general, los paseantes se preguntaban quién sería el forastero, si bien ya había algunos que, por haberlo sabido en el hotel, explicaban a los otros que se trataba del nuevo maestro, acabado de llegar de Buenos Aires.

De pronto, en el cuadro de unas muchachas que se acercaban, creyó reconocer a una que le venía sonriendo desde lejos. Cuando estuvieron junto a él, la recordó, con alegría: era una de las chicas que viera esa mañana en la orilla del río, justamente la que había mostrado súbito interés por él.

Obedeciendo los dos a una oscura fuerza que los acercaba, se saludaron como amigos.

Y durante el resto de la noche sus ojos se buscaron sin cesar y se encontraban con seguro instinto entre la multitud.

Iniciadas las clases, la vida de Ramiro se hubiera deslizado con monotonía, a pesar de las pequeñas incidencias del colegio, a no ser por el cariño de Una. Después de varios meses de relaciones, un amor muy firme había llegado a unirlos. Ella era una muchacha sencilla, que tenía esas convicciones rigurosas de quien las extrae más de su reflexión que de su experiencia. A Ramiro le agradaba porque le parecía muy mujer.

Se veían casi todas las tardes, después que Ramiro terminaba las clases, en entrevistas casi siempre fugaces, pero intensas. Atentos como si hablaran, pero generalmente callados, se dejaban simplemente vivir, olvidados de todo. La hora de sus encuentros coincidía con la puesta del sol, cuando el mundo estaba quieto, esperando algo enorme. La acequia, atrás de ellos, desmenuzaba, con un ruido insistente, los últimos momentos del día. La huída del tiempo se hacía tan presente en el fluir del agua, que una sofocación de angustia impregnaba todas las cosas, como si la noche fuera a ser eterna.

En esa felicidad llena de miedo y de confianza, mezcla de reflexión cautelosa y de impulso triunfante, fué creciendo su amor día a día, hasta arraigarse en lo más hondo.

Se acercaba la semana de mayo, que en la escuela era costumbre celebrar con algún acto público. Esa vez el director designó a Ramiro para pronunciar el discurso de circunstancias. La fiesta se realizaba en el teatro de la localidad, con asistencia de las autoridades y de "lo más granado de la sociedad", según dirían al día siguiente los periodiquillos. Consistía en alguna pieza en que jóvenes aficionados representaban episodios de la colonia o de la tiranía, y en los consabidos recitados patrióticos a cargo de los alumnos de la escuela.

En aquella ocasión, un programa análogo se desarrolló sin contratiempos. Al finalizar la función, habló Ramiro.

—No creería proceder con sinceridad — dijo — ni cumplir con mi deber, si me limitara aquí a reeditar todos los lugares comunes que es de práctica repetir en estas conmemoraciones. Eso, además, sería hacer poco honor a la selecta concurrencia que me escucha. Creo que ella es capaz de oír la verdad desagradable y rechazar la mentira aduladora; hoy va a oír la verdad desagradable.

Entrando en materia, criticó violentamente ese falso patriotismo que consiste en callar nuestros defectos y exagerar los ajenos y que ha hecho de la historia patria que se enseña en la escuela un cúmulo de "mentiras piadosas". Durante mucho tiempo — dijo — se ha alimentado la imaginación de los niños con leyendas, endiosando a hombres que no lo merecían y olvidando a los merecedores.

—¿Necesitaba, acaso, San Martín, para su gloria, que durante más de un siglo hayamos menospreciado a Bolívar, no considerándolo más que un ambicioso afortunado, al extremo de presentarlo como un César untuoso, cubierto de éxitos y de vanidad?

★

Al día siguiente, "El Comercio" publicaba en sus columnas el siguiente suelto:

UN DISCURSO INUSITADO

"Ayer, en ocasión de realizarse en el teatro de la localidad la fiesta con que acostumbra a celebrarse la efemérides patria, tuvimos oportunidad de escuchar un discurso que no vacilamos en calificar con los términos del epígrafe. Fué la oración alusiva al acto, a cargo del maestro Ramiro Somoza. Este profesor, olvidando su carácter de tal y la fiesta eminentemente escolar que se estaba realizando, se entregó a disquisiciones de crítica histórica y social que, de tener algún fundamento serio, no debieron nunca exponerse ante un auditorio compuesto principalmente de niños escolares. ¿Hasta cuándo serán ellos los conejos de experimentación, en cuyas tiernas inteligencias se ensayan las teorías más antojadizas?

"Lamentamos tener que decir que el director de la escuela ha estado esta vez poco feliz en la elección del orador. Ello quedó demostrado con el discurso intempestivo que comentamos".

"La Opinión", en cambio, manifestaba su disconformidad por medio de la táctica contraria. Describía con lujo de detalles la fiesta realizada, teniendo frases de elogio para cada uno de los participantes, hasta para los pequeñitos que en esas ocasiones suelen recitar versos con el mismo tono con que recitan las tablas de multiplicar, y que son el orgullo de sus padres. Daba la nómina de las autoridades y público concurrente y terminaba, con desabrimiento: "Por último, un maestro de la escuela organizadora pronunció algunas palabras, con lo que se dió por finalizado el festival".

Ramiro, por su parte, advirtió cierto malestar en el ambiente que lo rodeaba. Más tarde se encontró con Una.

—No me extraña en lo más mínimo lo que sucede — le dijo ella; — si yo hubiera sabido antes cómo era el discurso que pensabas pronunciar, te hubiera aconsejado no lo hicieras. Ya lo creo que es inapropiado, pero no al lugar ni a la ocasión, sino a la inteligencia y a los gustos de esta gente. En cambio, si les hubieras hablado del blanco que simboliza la pureza y del azul que simboliza... la esperanza o cualquier otra cosa, ahora estarían todos encantados.

Dos días después llegaron los diarios de Buenos Aires, que en la sección telegráfica daban cuenta del suceso. La noticia había sido deformada, abultándosela enormemente, al punto de que — según ella — en el discurso se hablaba despectivamente de la nacionalidad y se ponían en tela de juicio las glorias de los ejércitos patriotas y el renombre de los próceres.

Ramiro se alarmó. Cuando llegó a la escuela, el director lo llamó a su despacho. Tenía en sus manos un telegrama de la superioridad, donde se le ordenaba la remisión de todos los antecedentes del asunto.

—Vea qué proporciones está tomando esto — le dijo. — Es deplorable, señor Somoza, que su tino no haya evitado, a usted y a mí, este enojoso enredo. En fin, trataré de reducir las cosas a su verdadero tamaño. ¿Tiene usted los originales del discurso?

—No; no lo he escrito. Era casi improvisado.

—Es una lástima, pues la mejor defensa hubiera sido enviar el texto mismo. Bueno; de cualquier modo, trataré de reflejar fielmente sus palabras.

Ramiro dió su clase como todos los días. Vuelto luego al hotel, mientras hacía tiempo para el almuerzo, se puso a leer los diarios locales. En todos estos, la parte de información general era muy escasa, abundando, en cambio, los avisos y la crónica social. Leía distraídamente esta sección de "El Comercio", cuando llamó su atención un recuadro que decía: "Se comenta desfavorablemente en la población la conducta del forastero que, tras de haber dado tanto que hablar con sus palabras, no se queda atrás con sus hechos. En efecto; son motivo de cuchicheos las relaciones de este osado personaje con "una" niña de nuestra vecindad".

La alusión era tan clara, que un ciego la veía. Ramiro sacó del cajón de la mesa de luz su revólver y, con él en el bolsillo, se dirigió a la calle.

Llegó a la imprenta de "El Comercio". Entró. Pasó por entre las Marinoni, que parecieron saludarlo con sus abanicos de papel impreso. Se detuvo ante un obrero que estaba componiendo a mano y le preguntó por el dueño o director. El hombre le indicó una piecita, al fondo.

Ramiro entró en ella y cerró la puerta tras sí. Un individuo que estaba agachado sobre un escritorio levantó la cabeza y lo interrogó con la mirada. Era un tipo amulatado, de edad indefinida.

Ramiro le tendió el diario, enseñándole el recuadro insidioso.

—¿Usted ha escrito esto? — vociferó.

El otro se puso de pie, sorprendido.

—¿Quién es usted?

—Yo soy Ramiro Somoza, el mismo al que aluden ustedes en este chisme inmundo. ¿Quién lo ha escrito? ¡Dígame quién lo ha escrito!

Y diciendole así, le metía el diario entre los ojos, trémulo de rabia.

Su interlocutor adoptó una actitud que quería ser digna, y con un gesto apartó de su cara el diario que Ramiro esgrimía como un garrote. Luego le repuso, en tanto que arreglaba calmosamente los papeles diseminados sobre el escritorio que los separaba:

—Usted parece que viene resuelto a hacer un escándalo, señor. Si es así, lamento manifestarle que se ha chasqueado, pues no he de darle la oportunidad de hacerlo. Le ruego, por lo tanto, que se retire. No puedo atenderlo en esta forma.

Ramiro dió un empellón al escritorio, volteando el tintero, el teléfono y la lámpara eléctrica, que reventó en el suelo como una bomba de agua. De un salto se abalanzó sobre el mulato. Este retrocedió trastabillando y manoteando ávidamente en el vacío; por último, viéndose acorralado, se echó sobre el cajón del escritorio y quiso abrirlo. Ramiro sacó entonces su revólver.

—No se mueva, ordenó. Luego, pivoteando con él en el pecho de su contrincante, fué diciéndole con calma, con la fría resolución de un odio ya tranquilo:

—La próxima vez que su infame pasquín se meta conmigo o con la señorita de Milberg, lo mataré a usted como un perro. ¿Entiende? Vengo aquí y lo mato. ¡Lo mato! ¿Me comprende, no? ¡Lo mato como un perro!

El otro lo miraba, alelado, sin atinar con una respuesta.

Ramiro guardó su revólver y se encaminó hacia la calle.

A la tarde se encontró con Una, en la orilla del río. Ella estuvo más afectuosa que nunca. Había leído el comentario de "El Comercio" y sentía que el círculo enemigo se cerraba en torno de ellos. Hasta allí habían sido habladurías o indiscreciones de los vecinos, que de tanto en tanto llegaban a sus oídos en forma más o menos velada, sobresaltándola siempre. Pero al ver el suelto publicado en el diarucho, se llenó de zozobra.

Ramiro la vió tan temerosa y desvalida, tan entregada al mismo tiempo a todo lo que de él le viniera, bueno o malo, que sintió que lo anegaba una intensa piedad desconocida. Una estaba, pequeña, sentada a su lado en la orilla del agua. Sin pensarlo, la rodeó con su brazo. Ella alzó su rostro, transido, próximo al llanto. El, entonces, bajó hasta su boca, y se besaron. Era la hora del atardecer, y el mundo estaba quieto.

Días después, y esta vez en "La Opinión", volvió a salir, en forma apenas encubierta, una alusión a los amores de Somoza con Una. Ramiro acababa de leerla y se había quedado pensando qué actitud le convendría tomar, cuando le anunciaron que una persona deseaba verlo. Ordenó que la hicieran pasar. Un minuto después entraba en su cuarto el padre de Una.

Cada cual se dió a conocer, cosa, por lo demás, innecesaria en este caso. Luego Milberg, entrando al asunto objeto de su visita, preguntó a Ramiro si estaba enterado de lo que andaban diciendo los diarios de la localidad.

—Bien, continuó ante la afirmación de Ramiro. Sé por mi hija que lo que en ellos se dice es, en el fondo, la verdad.

—Efectivamente, señor.

—Demás está decirle que no deseo ni permitiré que mi hija ande en boca de las gentes. Y no hay más que una forma de evitarlo: no darles motivo para hablar. De modo que exijo de usted, a quien considero un caballero, a pesar de todo, que formalice estas relaciones, si es que quiere continuarlas.

—Si usted ha hablado con Una, señor, ella le habrá dicho que nos queremos. De modo que no tengo inconveniente alguno en regularizar esta situación.

—Bien; pero hay que evitar por todos los medios la maledicencia, que en los pueblos chicos no respeta nada. De manera que, aunque no le impongo ningún lazo, le hago presente la conveniencia de que este asunto se solucione lo antes posible.

Ramiro, repuesto ya de la turbación que le ocasionara la visita inesperada de Milberg, consideró muy justas las razones aducidas por éste, manifestándose dispuesto a cumplir, en un plazo prudente, el compromiso moral que consideraba haber contraído con Una.

Milberg le guardaba cierto rencor, no pudiendo olvidar las relaciones clandestinas — cuya intimidad le era imposible calcular— mantendrían en el trascurso de varios meses con su hija. Sin embargo, viendo la decisión con que Ramiro aceptaba su deber, se reconcilió con él.

Durante varios días, las cosas no ofrecieron otro cambio para Ramiro que el hábito en sus relaciones con Una, ahora ya formalizadas. Pero una mañana, al entrar en la escuela, el director lo recibió con expresión de pesadumbre, y le entregó un pliego que acababa de recibir. Ramiro tuvo como una súbita intuición de lo que iba a leer, y sintió que se ahogaba de angustia. Abrió el pliego. En efecto era la comunicación de su cesantía. Las "razones de mejor servicio" — clásica muletilla — legitimaban la medida.

Balbuceó algunas palabras de agradecimiento a su director, que, sinceramente contristado, procuraba confortarlo, y se retiró, derrotado, hurtándose a la compasión de sus compañeros.

Pasó el resto de la mañana vagando por los alrededores del pueblo; por fin, tomó el camino y se dirigió al río. Allí se sentó en la orilla, como tantas otras veces, y se puso a ordenar sus pensamientos. Poco a poco, la calma iba volviendo a su espíritu. Lo que más le preocupaba era su situación para con Una. ¿Cómo podría ahora cumplir la palabra empeñada al señor Milberg? ¿Cómo podría quedarse en el pueblo, si no tendría ni con qué vivir? Hubiera deseado con toda el alma hablar con ella y contarle lo que le pasaba. Pero después, a medida que reflexionaba, comprendía que no debía hacerlo. Cualquiera que fuera su situación, Una lo convencería de que se quedara, aunque fuera con ellos, esperando la oportunidad de encontrar algo. Y eso no podía ser, por mil razones: entre otras, porque así se daría pábulo a la murmuración. El había prometido casarse pronto para evitarla, justamente. No podía, pues, ni debía quedarse en esas condiciones.

A la tarde, cuando inició la vuelta hacia el hotel, ya tenía su resolución tomada a ese respecto.

Escribió una carta para Una en la que le explicaba lo sucedido y los motivos de su decisión.

—"En el momento de escribirte estas líneas — le decía — una gran fe me sostiene. No creo que Dios, que consintió el amor entre nosotros, vaya a dejar que se malogre ahora, sin cumplir su destino. ¿Caben, acaso en Dios, propósitos frustrados? El mismo tren que me trajo, me llevará ahora a Buenos Aires. Allí trabajaré, estudiaré, haré cualquier cosa. Y un día he de volver, Una. Será cuando los álamos se elevan al cielo como manos heladas, o cuando se cubren del rumor forestal de las hojas. Cuando las acequias corren tumultuosas como venas, o cuando el barro del fondo se calcina al sol. Cuando el campo renace, o cuando el campo agoniza. Cuando tú me esperes, o cuando ya desesperes. Pero he de volver, Una. La lógica de Dios abona mis palabras".

Luego escribió también al señor Milberg, dándole a conocer las causas de su proceder.

Esa noche tenía tren. Arregló su equipaje, liquidó sus cuentas. A la hora oportuna abandonó el hotel sigilosamente y se encaminó a la estación, sin que nadie lo viera.

Pocos minutos después llegaba el tren, con el bullicio acostumbrado. Ramiro subió a él y se encerró en su compartimiento. Allí, echado en la cama, mirando al techo, dejó que su espíritu, desligado de todo, perdiera la noción de cuanto lo rodeaba.

Un brusco sacudón lo volvió a la realidad. Partían. Las lágrimas estallaron en sus ojos.

EL MUNDO NACIENTE

LOS hombres, los monstruos, las catástrofes y los éxodo de la Pampa de hace millares de años. Un mundo extraño, selvático y pleno de terrible intensidad, es evocado por el profesor Sergio Aranda, que colaborará regularmente en estas columnas con una serie de artículos adquiridos por CRITICA con carácter de exclusivos.

POR
SERGIO ARANDA
★
ILUSTRACION DE
Premiani

AL iniciarse la era cuaternaria, las inmensas extensiones desiertas que más tarde serían nuestras pampas, no diferían gran cosa del aspecto que presentan hoy. Acaso una vegetación de densos matorrales cambiaba un poco su perfil actual y las inmensas lagunas, de aguas cenagosas, reflejaban los astros de las noches prehistóricas, como ojos gigantes, donde algunos millares de años atrás, todavía pululaban los grandes reptiles monstruosos.

Tiempos dilatados y obscuros habían pasado sobre la Tierra, poblando su corteza de formas gigantes. La abundancia de anhídrido carbónico, producto de las enormes catástrofes geológicas, adensaba la atmósfera y la tornaba propicia para el desarrollo de los bosques de árboles enormes y de helechos desmesurados, los que, al captar ese óxido de carbono y exhalar oxígeno en incalculable proporción, preparaban, a su vez, la aparición de los animales que muy pronto iban a encontrar un aire purificado y respirable. Con la aparición del primer reptil, la tierra daba un inmenso paso en su evolución, y, al cerrarse la era primaria, la era secundaria comenzaba a clarear; la vida salía del mar, se organizaba en formas reptantes, y las inmensas serpientes y los pesados saurios empezaban a deslizarse entre los bosques de helechos. Los antepasados del hombre comenzaban a respirar el aire infecto de las dilatadas ciénagas, pero todavía faltaban millones de años para que en el conjunto de gritos y estertores animales, se levantara la voz humana poniendo un sentido dramático en ese mundo naciente.

Hombres y animales huían ante la trágica invasión de los hielos.

¿Las multitudes que habían de poblar el planeta nacieron de una pareja común, se desgranaron desde un solo centro de dispersión, o, por el contrario, la inexplicable maravilla de la creación tuvo lugar, simultáneamente, en diversos lugares? La ciencia actual, sin resolver fundamentalmente la cuestión, ha constatado el proceso de las grandes migraciones. Estos largos y dramáticos períodos errantes de la humanidad, en que hombres y animales se mezclaron en una trágica huída, se debieron, sobre todo, a razones de clima. La era primaria del calor, había registrado temperaturas verdaderamente ígneas. Sobre la corteza convulsionada por terremotos, flotaban vapores caliginosos y una densa humedad formaba monstruosas nubes que se desgarraban, luego, en verdaderos diluvios. Los primeros animales invertebrados, anfibios y peces, se movían entre la doble irradiación que partía del centro de la tierra en violenta ignición, y la que reverberaba del sol, en una actividad para nosotros desconocida.

En la era terciaria, tales características se habían modificado ya, aun cuando en su principio, el clima correspondiente a la actual zona templada de Europa tenía un carácter subtropical. La temperatura media en Francia, que hoy llega escasamente a los 11 grados, alcanzaba entonces promedios superiores a los 25. La flora de la época terciaria, que cubría las márgenes del Sena y se enmarañaba en lo que hoy es el corazón de París, era una flora de Africa Central, con intrusiones asiáticas. Pero en la época pliocena, las nieves, que comenzaban a aparecer en los picos de las altas montañas, señalaban la iniciación de la gran invasión del hielo que, más tarde, en la era cuaternaria, la era glaciar, cubrió por igual las montañas altas y medias de Europa con enormes capas de hielo que deslizándose hasta cubrir gran parte de las tierras bajas, destruyeron toda posibilidad de vida. Frente al cataclismo se produjo la desbandada. El hombre y los animales, escapando de la la frígida temperatura, de la total devastación de las tierras fértiles, convertidas en un verdadero desierto polar, buscaron la salvación en las enormes migraciones en masa.

El período glacial tuvo, no obstante, intermitencias; hubo, dentro de él, épocas más benignas, que contribuyeron a facilitar estos desplazamientos colectivos. Cuando el proceso de glaciación cubría una zona determinada, los habitantes y la fauna de esa región huían en masa, buscando un lugar menos afectado por el descenso de la temperatura y la invasión de los hielos. En ciertas regiones de la tierra, estos desplazamientos se produjeron con ritmo alternado, y las huellas dejadas por esta primitiva humanidad, a lo largo de sus penosas rutas, demuestran las andanzas de Norte a Sur, y de Sur a Norte, que el hombre fósil cumplió, hostigado por ese género de catástrofes climatéricas. Y esto fué lo que ocurrió en América.

El mundo fósil americano

La unión de América del Norte y América del Sur, solamente se produjo después del período mioceno. Durante muchos millones de años, las dos masas continentales permanecieron separadas por el mar, y en el plioceno acabó de formarse el puente terrestre que había de unir ambas Américas. El istmo de Panamá, reducido hoy a una estrecha faja de tierra, era entonces mucho mayor, y las islas antillanas, lo mismo que Cuba, estaban unidas a la tierra firme, formando un solo block, como lo demuestra la presencia en ellas de los grandes desdentados.

La unión de las dos Américas determinó una influencia intensa y mutua entre las faunas de ambos hemisferios, revistiendo la forma de migraciones de Norte a Sur y viceversa.

Los monstruos venían del Asia.

Estas emigraciones, que alternativamente se produjeron entre las dos Américas, guardaron una estrecha relación con la aparición de los grandes hielos. De entre las gigantescas especies glaciales fué el mamut la más extendida por la América del Norte. Más grande que los mayores elefantes africanos, cubierto de una espesa pelambre cerdosa y provisto de enormes defensas de marfil, el mamut, lo mismo que el ciervo, el reno, el bisonte y varios grandes animales de presa, penetraron en América del Norte desde Asia, a través del paso Bering, que entonces aún no estaba roto. Pero esta emigración no se hizo sin que los invasores del Nuevo Mundo toparan con una rica fauna autóctona, perfectamente diferenciada en cada porción de las que se divide nuestro Continente.

En América del Sur vivieron los grandes desdentados

Si la América del Norte tuvo al mastodonte de Ohio, de mayor tamaño que cualquiera de los elefantes europeos, si en su fauna regional se contaban los caballos salvajes, los tapires, etc., bastante diferenciados de las especies correlativas de Europa; la América del Sur, tuvo, en cambio, el predominio de los grandes desdentados, del más extraordinario aspecto y de fantásticas dimensiones. Los antepasados de los armadillos, los tatarabuelos fósiles del peludo y la mulita, poblaron nuestras pampas con sus extrañas siluetas acorazadas con sólidas caparazones decoradas, a veces, de largas cerdas movibles.

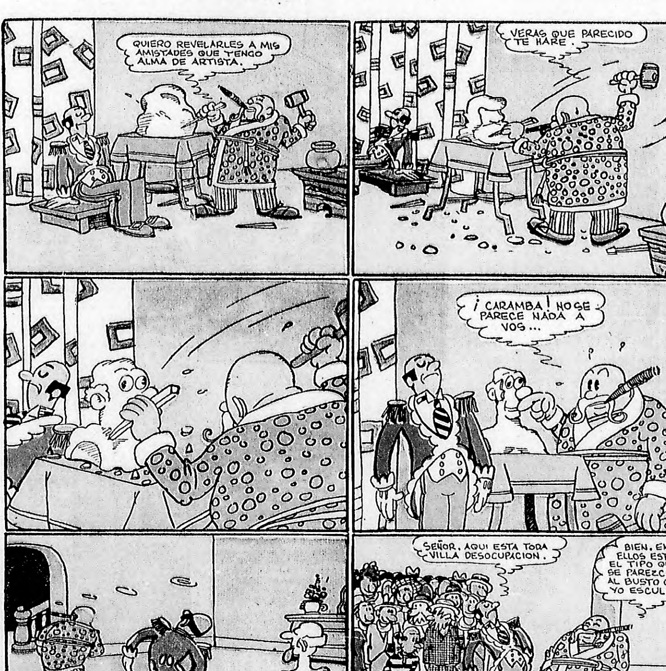
El grypotherium, llamado también neomylodonte, era un ser perezoso y pesado, del tamaño de un toro, cuya piel tenía incluída en su espesor una verdadera coraza deformada por huesecillos sueltos. Más sorprendente aún resultaba la estampa y los movimientos del megatherium, bestia descomunal, mayor que los elefantes y cuya pelvia, maciza, terminaba en una cola enorme que le servía de tercer pie, cuando se levantaba sobre sus patas traseras para pacer y mordisquear las hojas de los árboles, estirando su minúscula cabeza asentada sobre un cuello corto y robusto. Sus dedos estaban armados de largas y fuertes garras que le servían para cavar y desarraigar los grandes árboles a cuyas ramas no podía llegar a pesar de la longitud enorme de su cuerpo. El milodonte, más chico, pero de una figura más extraña todavía, tenía sus mandíbulas armadas de dientes de sección triangular. El texodonte era el sustituto del hipopótamo al cual se parecía, y vivía en regiones pantanosas. Los armadillos fósiles, superaban en enorme proporción el tamaño de los que aún viven en nuestras pampas. Llevaban el cuerpo defendido por corazas formadas de diversas piezas óseas, anchas y articuladas, de modo que el animal podía ejecutar toda clase de movimientos y sentirse protegido a la vez, como si se encontrara dentro de una cota de malla. Los glyptodontes, especie de tortugas gigantes, de cuatro metros de longitud tenían una rígida caparazón que como veremos más tarde, sirvió de cabaña a los hombres fósiles de la pampa. En alguna de esas especies, la cola terminaba en una pesada maza ósea con la que el animal descargaba peligrosos golpes en su lucha contra otras bestias prehistóricas y con la cual se defendía de los ataques del hombre fósil pampeano, que codiciaba su carne y necesitaba su caparazón para emplearla como choza y fortaleza.

En la selva original pacían las bestias enormes.

El aspecto físico de la pampa, la inmensa llanura que conocemos hoy, no ha cambiado mucho desde esas épocas que se remontan a millones de años, sólo la vegetación hubo de ser distinta. La presencia de seres como los animales enormes que hemos citado, de alimentación netamente vegetal, presupone la existencia de inmensos matorrales y bosques capaces de sustentarlos. De este modo, la Pampa, vivero de monstruos que sólo puede reconstruir la imaginación con la visión de sus restos gigantes, vió correr, luchar y morir sobre su llanura a los primeros habitantes de nuestro suelo. Nada puede dar idea cabal de cual fuera el estado de espíritu de esa fuerte y rudimentaria Humanidad, que encendió el primer fogón, que construyó la primer maza, y sintió el horror de su tremenda desolación frente al misterio cósmico del alba de la existencia. Pero su vida exterior, sus luchas, sus trabajos, su dolor y su final extinción entre las capas del barro cuaternario, es puede ser reconstruído por la investigación y tal ha de ser el objeto de las notas que continúe el presente artículo.



El Nuevo Rico ★ por H. Rodrígue[z]



★ Una Madre

DESDE su cuarto, la señora Guillepert sintió un fuerte olor a quemado que parecía venir del gabinete de trabajo de su marido. Allí se dirigió. Arrodillado frente al fuego de la chimenea, el doctor Guillepert quemaba papeles. Al ruido se dió vuelta. Su amable rostro resplandecía. Sonrió a su esposa.

—¿Qué haces? —dijo ella, y agregó bromeando: ¿Destruyes cartas de amor?

El se levantó y con gesto tierno le tomó las manos.

—Lisa, mi pequeña, tengo que anunciarte una gran noticia.

—¿Buena?

—¡Maravillosa!

—Dila pronto, querido.

Pero el doctor apenas podía hablar. El llanto lo ahogaba. Llegaba al ansiado fin después de años de búsquedas pacientes. Gracias a su descubrimiento, la fiebre tifoidea sería vencida. Y echaba al fuego el trabajo de las horas de duda, de desesperación, a través de las cuales vislumbraba, sin embargo, el sol radiante del éxito.

—Todo está aquí, —dijo, mostrando una hoja cubierta de geroglíficos.

—No comprendo nada.

—Nadie podría comprenderlo. Es un resumen que ha hecho para mí. Ahora redactaré la comunicación, las experiencias son concluyentes. ¡Lisa mía, conoceremos la gloria!

—Explícame, pues, ¿has encontrado seguramente el medio de curar la fiebre tifoidea?

—Sí.

—¡Oh, amor mío!

Se callaron en seguida, adivinando la tímida presencia de alguien en el fondo de la habitación. Recordaron que habían invitado a cenar a la prima Enriqueta. Una inquietud súbita heló su entusiasmo.

La pobre mujer, meses antes, había perdido a su pequeñin Ives, muerto de tifus. ¿Enriqueta había oído? Sí, había oído. Lo comprendieron en el tono extraño de su voz cuando los saludó.

—Hola, ¿estabas ahí, Enriqueta? —dijo la señora Guillepert.

—Sí, les pido perdón...

Fué muy bonita, pero después de la muerte de su hijo se abandonaba. Al quedar viuda siguió siendo coqueta. Ahora, llevaba un luto de pobre. Sus hermosos cabellos rubios, mal anudados, caían en mechas sueltas y tenía los gestos torpes, como friolentos, de aquellas madres que, no teniendo más su pequeño para estrechar, no saben ya qué hacer de sus brazos inútiles...

—¡Qué hermoso! Lo felicito, Edmundo, y tú, Lisa, puedes sentirte orgullosa, es hermoso.

La frase que Guillepert y su esposa temían salió al fin:

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no fué el año pasado?

El doctor balbuceó una explicación. El año pasado desesperaba de hallar la solución; cuanto más se obstinaba, más huía el ansiado descubrimiento.

—No se es dueño de fijar el momento —se excusó.

—Seguramente Vd. hará felices a muchos —murmuró la prima—. Si se hubiese salvado mi pequeño Ives, yo me habría vuelto loca de alegría... ¡Oh, el milagro, así, de pronto, cuando se daría la última gota de sangre por lograr una pequeña mejoría!... Siempre me he representado esta enfermedad como a una bruja horrible, con uñas como garras... Vd. la ha matado, yo debería sentirme vengada...

La señora Guillepert abrazó a su prima. Con el egoísmo del amor, le deslizó estas palabras:

—No hables más de esto. Le das mucha pena...

Con un gesto humilde, Enriqueta asintió. El doctor arreglaba los papeles. Las dos amigas desaparecieron. Se encontraron en el momento de la cena, que fué triste...

Enriqueta les rogó que no la acompañaran como lo hacían siempre.

Cuando se fué, la señora Guillepert respiró aliviada.

—Imagínate que de haber sabido no la habría invitado. Por otra parte, no le he pedido que venga el sábado próximo.

—¿Por qué? ¡Pobre mujer!

—Yo no quiero que haya una sombra en tu felicidad. La has merecido. Has hecho todo lo posible por Ives.

—Lo que yo podía no era gran cosa.

—No pensemos más en ello.

Dos días después, Enriqueta volvió. El mucamo la introdujo en la sala y llamó a la señora.

—La señora Enriqueta ha dicho que no se molestara a nadie. ¡Qué raro! Habla sola.

—¡Ah!

—Sin embargo, no tiene edad para estar hablando sola. Y repite: ¡Qué lástima! ¡Qué lastima!

—¿Ha pedido ver al señor?

—No, pero creo que lo espera.

La señora Guillepert, con un rostro que afectaba asombro, se dirigió a su prima:

—Enriqueta, ¿estás enferma?

—No... pasaba por aquí...

—Perdóname, pero tengo los minutos contados. Edmundo y yo tenemos que ir a tomar el té a la casa del profesor Vautrait.

—Me voy.

—Te enviaré unas letras la semana que viene para que vengas a cenar con nosotros. ¿Dónde está tu abrigo?

—No tengo abrigo.

—¡Con un frío semejante!

—¿Hace frío?

—Vamos, debes ser razonable.

—Yo no tenía frío... Será preciso que me compre un abrigo...

—Iremos juntas a elegir uno.

—Bueno, si tú lo quieres.

No se decidía a levantarse. La señora Guillepert debió empujarla hacia la puerta. Y, en seguida dió severas órdenes al sirviente:

—En lo sucesivo no dejará entrar a nadie. El señor tiene mucho que hacer. Vd. dirá que no estamos.

Durante esa semana la prima volvió dos veces. No protestaba, era dulce y resignada:

—¿La señora no está? ¿El doctor tampoco? Bueno, volveré.

Un día de consulta volvió. Esperó su turno entre los enfermos y cuando llegó, lo cedió sucesivamente a dos señoras.

—Pasen, yo tengo tiempo.

Se había sentado en un rincón oscuro y el doctor no la reconoció hasta que entró al consultorio.

—¡Vaya, qué idea! —le reprochó el doctor—; hubiera debido hacerse anunciar. ¿Qué buen viento la trae, Enriqueta? ¿Supongo que no está enferma.

Ella sacudió la cabeza:

—No, yo estoy bien. ¿Y su descubrimiento, Edmundo?

—Será público dentro de varios días.

—Es hermoso, —suspiró Enriqueta—. Pero ¡qué lástima!

—Sí, sí, ya lo sé —contestó el doctor con exasperación.

—Si Vd. hubiera encontrado eso el año pasado...

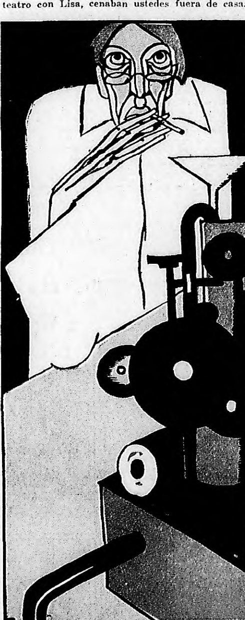
—Sin duda. .

—Yo tendría todavía a mi hijito.

—No es mía la culpa.

Ella protestó con dulce obstinación:

—Vd. hubiera debido trabajar más. Iba al teatro con Lisa, cenaban ustedes fuera de casa.



Una tarde usted estaba apurado, lo recuerdo... un baile...

—Hay que vivir lo mismo, Enriqueta.

—Pero no cuando se tiene la responsabilidad de los que han de morir.

—Enriqueta, yo la perdono, pero es Vd. muy injusta. Yo me he matado trabajando.

—¿Cómo? ¡Si Vd. vive!

—Escúcheme, Enriqueta, estoy fatigado... y tengo que escribir cartas urgentes. Vd. encontrará probablemente a Lisa en su habitación. Cene con nosotros... ¿Es todo lo que tiene que decirme?

—Tengo que decirle que si Vd. hubiera descubierto esto el año pasado...

El doctor se aproximó a la pobre madre, se hizo persuasivo tratándola como a una enferma. Y turbado de pronto por el brillo duro de sus ojos y el pliegue amargo de su boca, le dijo:

—Nosotros no somos nada, mi pobre Enriqueta. Hay que ser abnegado. Los casos particulares son crueles, pero antes que nada está la humanidad.

—¿La humanidad?

—Sí.

—¿Qué quiere Vd. que me importe la humanidad? ¡Yo he perdido a mi hijo!

—Cálmese...

—Y la culpa es suya, ¿me oye Vd.?, es suya. ¡Habría que ir más rápido!

Un grito, la señora Guillepert se precipita. Enriqueta está inclinada sobre el médico, como si éste se hubiera desvanecido. Cuando se separa, deja caer un cuerpo inanimado, con la garganta abierta, y explica dulce y pausadamente a la mujer petrificada de horror:

—¡Debía haber encontrado eso el año pasado... el año pasado...!

POR

H. Duvernois

Ilustración de Guevara



NEBLINA

DOS largas pitadas, seguidas de una corta, rompió el silencio de la Dársena aquella mañana de invierno. El sol, sin fuerzas para rasgar la niebla, despuntaba detrás de las estibas de carbón.

Tras un breve intervalo, otras dos pitadas nos hizo dejar el mate; pedían amarradores. Con el sabor del último amargo, Ramón y yo nos dirigimos al "Tramp". Frente a los muelles de Wilson apenas se destacaba entre la masa de la bruma, la rojiza y larga chimenea del "Cardiff Hall" con la insignia del Código Internacional a mitad del árbol de proa solicitando práctico. El agudo grito de los remolcadores contestó al llamado del barco y minutos después, la cortante proa del "Matador" seguido del "Nelson" apareció por la esclusa del dique 1. Picaron el ancla, dejándose llevar con la estropada hasta el costado del barco, en disposición de tomar la estaca de remolque.

En cubierta, la sombra de los tripulantes, se movían de una a otra banda, ejecutando la maniobra de aflojar los cabos. Ramón a un extremo y yo en el otro, aguardamos la señal del práctico. Una claridad difusa apenas permitía divisar la figura de aquél corriendo de babor a estribor y de proa a popa dirigiendo las maniobras.

—¡Listo, muchachos! Larguen a proa! ¡Atención al Spring!

Las órdenes llegaban a la Ribera a través del portavoz. Suelto completamente del muelle y tironeado por los remolcadores empezó a navegar lentamente; pitando de continuo, en demanda del Canal Sud. El repunte de la marea y el sol con más fuerza disiparon casi por completo la niebla, divisándose el "Tramp" totalmente vacío. Largo, de cubierta corrida, el casco a medio piquetear, plomizo hasta la línea de flotación, arboladura larga y recta, de proa lanzada y popa de espejo y chimenea rojiza con una franja azul al extremo.

Ramón se dirigió a la casilla; yo observaba a Quebracho, que de pie junto al poste de amarra, levantando la diestra, saludaba a alguien.

—¡Adiós, viejo Yoni! Te vas. ¡Adiós!

Y como éramos amigos, me propuse interrogarlo.

—¿A quién saluda, Manuel?

—¡A quién va ser, a ese —respondió, señalando el "Tramp".

—Ud. lo saluda como si fuese una persona.

—Cada barco carbonero que se va, se lleva algo de lo mío! Todos los que han venido a lo de Wilson, desde el novecientos dos, te los puedo nombrar.

Tras un breve silencio agregó: A ese ya lo he descargado como diez veces! Hasta te podría decir, con quién hicimos la abordada, y quiénes fueron a los guinches, a las lanchas, a los baldes: Chicho, Luguin, Miquele, Barqueta... Mejor no acordarse!

Guardó un profundo silencio, dirigiendo la mirada al Canal Sud. El "Tramp", libre de remolcadores, y ya dentro de agua más profunda, empezó a mover las hélices.

—¡Metele, viejo yoni! Metele, a vos te responden las máquinas! A mí, ya me fallan, ya me fallan...

Sentóse en el poste de amarra liando con desgano un cigarro. Otra vez la niebla cubrió el sol. Un brusco cambio de viento extendió enormes masas de nubes que, de arrastre, venían por el Sur. Un grito agudo, como el lamento angustioso de un animal herido, resonó allá a lo lejos; otro más bajo contestó a ése. Un corto silencio, y luego otro.

—¡Qué sonido más raro!

—Es el del Carbonero que se cruza con el vapor de la carrera—me respondió Quebracho dando dos o tres chupadas al cigarro, después de bambolear la cabeza —. No sé porqué me parece, que ya no lo veré más! De este año no pasamos; o él, o yo.

—Eh! Manuel, no haga malos augurios, es verdad que el Carbonero está bastante veterano.

—La chapa de los astilleros lo da construído el ochenta y siete; y el viaje no es de lo mejor. ¡En lastre y al Sur de Africa! Todavía aguanta.

—¡Sí, por ahí andamos! Yo soy del setenta y nueve, y ya casi no me acuerdo desde cuando empecé a trabajar; lo que puedo asegurarte, que de el noventa y cinco hasta ahora, meta apalear carbón; siempre apaleando carbón! ¿Y qué tengo? Lo puesto y una fosa gratis en el Cementerio.

Se puso de pie y caminando a la par nos dirigimos a la casilla de amarradores.

Al llegar al puente de Brasil, Quebracho se detuvo. No quiso aceptar la invitación que le hice de unos amargos. No tenía rumbo fijo, igual le daba tirarse a dormir bajo de un guinche, como ir a jugar un tutte de arrastre en la fonda de la Gorda.

—¡Para lo que sirvo ya! ¡Bah! Salud amigo!.... Y me dejó plantado.

Por unos instantes resonó en mis oídos la voz acatarrada por el tabaco y el polvo de tantos años.

Lo seguí con la mirada hasta la altura de los elevadores. Llegó a la pila de bolsas, acomodó varias de éstas en el suelo, y poniendo el saco de almohada, se tendió con la vista fija en el cielo, observando no sé qué misterio.

POR

José Remo Sufriti

ILUSTRACION DE

Pascual Güida



Caras Peladas ★



PUESTO que hablamos de osos...

El rey del Klondike, se detuvo, meditabundo, y los que se hallaban agrupados a su alrededor, a la puerta del hotel, acercaron más las sillas.

—Puesto que hablamos de osos —prosiguió—, no debéis ignorar que en la región del Norte existen distintas variedades de estos animales. En el Little Pelly, por ejemplo, bajan en tal abundancia, durante el verano, para alimentarse de salmones, que no encontraríais ningún indio, ni hombre blanco que se acerque allí, a menos de un día de viaje. Y en lo alto de las Rampart Mountains hay una especie muy curiosa, llamada el "oso pardo de las laderas". Este nombre lo debe a que, desde el Diluvio, anda por las laderas, y las dos patas que corresponden a la parte baja de la pendiente son dos veces más largas que las de la parte superior. Cuando anda en esta dirección no puede alcanzarle un conejo. ¿Peligroso? ¿Si ataca? Ni pensarlo. Todo lo que se debe hacer es rodear la montaña en sentido contrario. Así queda el señor oso con las patas largas hacia arriba y las cortas hacia abajo. Es un animal muy peculiar, pero no es de eso de lo que quería hablaros.

"En lo alto del Yukón hay otra variedad, con las patas simétricas. Se le llama el "oso pardo de cara pelada", y es tan grande como malo. Unicamente el insensato hombre blanco piensa en cazarlo. Los indios tienen demasiado buen sentido. Sólo una cosa hay que decir acerca del oso de cara pelada: que jamás se vuelve ante ningún mortal. Si le véis venir y estimáis en algo vuestro pellejo, apartaos de su camino. De no hacerlo, puede sobreveniros algún disgusto. Aunque en el sendero encontrase al propio Jehováh, no le cedería una sola pulgada de terreno. ¡Es un miserable, un egoísta, os lo aseguro! Pero entonces no sabía yo nada de esto. Al llegar al país era un ignorante en materia de osos y únicamente recordaba haber visto de joven un grupo de cinamomos y esa pequeña variedad negra, que no es de temer.

"Luego que nos posesionamos de nuestra concesión, subí a la montaña en busca de una rama de abedul para hacer un mango de hacha. No era tan fácil hallar lo que necesitaba, y fuí andando, andando, cerca de dos horas. Esto me tenía sin cuidado, pues como estaba próximo a los Forks, iría a pedirle un trozo de madera al viejo Joe Gee. Al salir me había puesto en el bolsillo un par de bizcochos de levadura y un trozo de tocino, por si sentía hambre, y os aseguro que este almuerzo me fué de mucha utilidad, a pesar de que no llegué a comérmelo.

"Por el camino, en medio de un grupo de pinos, dí con la rama de abedul más linda que pueda imaginarse. Precisamente cuando tuve el mango de mi hacha dirigí la mirada por la vertiente del monte. Balanceándose sobre las cuatro patas subía directamente hacia mí un enorme oso. Era un cara pelada, pero yo no sabía nada acerca de esta especie.

—"Ahora voy a darte un susto —me dije—, y me oculté entre los árboles.

"Esperé hasta que solo estuvo a unos cien pies de distancia, y entonces salí súbitamente de mi escondrijo.

—"¡Ooh, ooh! —le grité, confiando que se volvería y echaría a correr.

"¿Volverse? Lo que hizo fué levantar la cabeza para mirarme bien y siguió avanzando.

"—¡Ooh, ooh! —volví a gritar con más fuerza que antes.

"Pero el oso continuó aproximándose.

—"¡Maldito seas! —dije medio loco, para mi capote—. Yo te haré retroceder.

"Entonces empecé a agitar el sombrero y salí a su encuentro dando voces. El viento había derribado un pino azucarero que interceptaba el paso a la altura del pecho. Me detuve junto al árbol y ví que el oso avanzaba sin detenerse. En aquel momento empecé a sentir miedo, y cuando se levantó para saltar por encima del tronco, aullé como un indio comache, le tiré el sombrero a la cara y huí.

"¡Cáspita! Dí la vuelta por el extremo del tronco y bajé la colina a todo correr, pero el viejo oso ganaba terreno a cada salto. En el fondo había una vasta extensión descubierta, llena de nubecillas de un cuarto de milla de extensión, que me separaba del arbolado. Comprendí que si resbalaba estaba perdido, y por eso procuraba ir sólo por los sitios más altos, hasta que la niebla ocultó mis huellas. El endiablado animal me seguía dando resoplidos. A medio camino me alcanzó, llegando a tocarme el talón del mocasín con la pata. Podéis creer que en aquellos momentos pensé muchas cosas. Sabía que lo tenía encima y nunca podría llegar a la espesura, así que saqué mi pequeño almuerzo del bolsillo y lo tiré rápidamente.

"No me volví para mirar hasta que llegué a la arboleda, y entonces ví que estaba devorando los bizcochos de una manera que me pareció verdaderamente admirable, considerando lo cerca que lo había tenido. Procuré no entretenerme por el camino. No, señor. Apresuré el paso cuanto pude, pero al doblar un recodo con rapidez, ví en mitad del sendero, y viniendo hacia mí, nada menos que otro cara pelada.

—"¡Whoof! — dijo cuando me encontró.

"Volvíme instantáneamente por el mismo sitio por donde acababa de llegar, pero mucho más velozmente. La forma con que este oso se precipitaba en mi seguimiento me hizo olvidar del primero. Sin embargo, no tardé en descubrirlo de nuevo. Husmeaba con satisfacción, preguntándose probablemente qué habría sido de mí y si sería yo tan sabroso como mi almuerzo. Ya lo creo. Al verme, pareció realmente encantado y avanzó dando brincos.

—"¡Whoof! — dijo.

—"¡Whoof!— dijo el que venía detrás.

"Apartéme del camino y me interné en la espesura, abriéndome paso con pies y manos como un loco. Entonces perdí la cabeza por completo al pensar que todo el país debía estar lleno de osos. Sólo recuerdo haber tropezado contra unas matas y haber recibido después una manotada al mismo tiempo que se me echaba encima una cosa. ¡Otro cara pelada! Pero afortunadamente estaba libre de todo peligro, aunque había creído morir, después de tantos saltos, rugidos y desolladuras.

—"¡Dios mío! — exclamé, y vi que me hallaba ante un hombre que a su vez tampoco volvía de su asombro.

—"Creí que era usted un oso — le dije.

—"Tardó un poco en recobrar el aliento, y luego repuso:

—"También yo lo he creído.

"Parecía como si le hubiese perseguido asimismo algún oso y hubiese tropezado contra unas matas. Ambos nos habíamos equivocado.

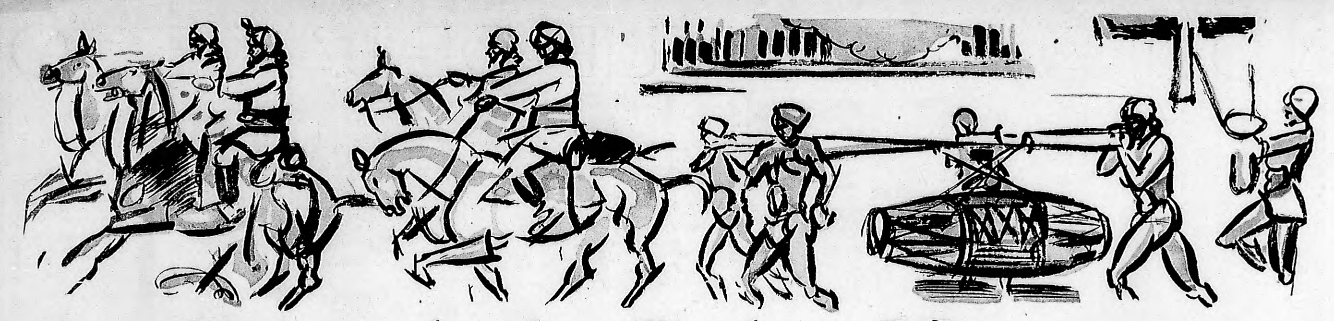
"Pero entonces oímos un ruido terrible en el camino y no nos detuvimos para darnos más explicaciones. Por la tarde vimos a Joé Gee, y nos armamos de rifles, volviendo a aquel lugar, dispuestos a hacer frente a los osos de cara pelada. Quizás no lo creeréis, pero cuando llegamos a aquel sitio hallamos muertos a los dos animales. Y es que al huir yo, se habían encontrado, y no queriendo ceder el paso ninguno de los dos, habían luchado hasta morir.

"Puesto que hablamos de osos..."

POR

Jack London

Ilustración de Premiani



La Ruta de la India Misteriosa

por

SADY CONCHA

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

AÑOS antes de 1875, ya la fama tejía urdimbres invisibles que con mil lazos atraía, sumados a la sordina de los comentarios, la atención sobre aquella mujer de origen ruso: la señora Blavatsky.

Doquier se pronunciara su nombre, los rostros dejaban pasar las oscilaciones de la duda y prorrumpían, unos, el reto de hechicería, otros, la actitud de silenciosa admiración.

Destacada en la nobleza, no era sólo el incidente de haberle tirado un candelabro por la cabeza a su marido, lo que motivaba y daba pábulo al apasionado interés que circundaba su extraña personalidad. Había, además, gran caudal de episodios misteriosos.

Movimientos violentos de las mesas y muebles en la sala donde se reunían, materializaciones dirigidas por un maestro oculto, precipitación de cartas de un personaje que se encontraba muy lejos, rápida presentación de libros existentes en bibliotecas de otros países, daban materia suficiente para que los relatos encendieran las lenguas y fueran justificando el ambiente saturado de brujería o de milagro.

Su divorcio del general Blavatsky, era la consecuencia del ascendiente que su familia ejerció para casarla con un hombre de mayor edad. Matrimonio de conveniencias, se fija la fecha de las nupcias, atendiendo más al prestigio o al auge económico de la parentela que al verdadero amor. Esta desarmonía hizo crisis; era una consecuencia lógica que sacudía la alcurnia de los contrayentes.

El destino enrollado como una jibia gigantesca se despereza y comienza a extender sus tentáculos tiñendo con sus tintas de intenso relieve la senda azarosa de la joven Blavatsky.

Tiempo después, cuando ella declara que en la India mantiene estrecha relación con dos Maestros ocultos, cuya mansión estaba situada en las montañas solitarias del Tibet: Moria y Kutumy, se acrecienta el interés científico y al mismo tiempo arrecian las imputaciones y a la voz de supercheria y de mistificación, las llamas de la crítica devoran la tranquilidad de aquella mujer extraordinaria.

Todo un estado mayor de personas respetables la acompañaba y aumentaba el número de los que querían meter su propio cucharón en aquellas experiencias de lo suprasensible.

Terribles enfermedades, viajes continuos por América, Europa y la India, ponían a prueba el voluminoso cuerpo de la señora, llamada a desplegar tan intensa actividad.

¿Quién firmaba las cartas que caían repentinamente sobre la mesa redonda de estas reuniones?

El Maestro conocido con el nombre de Kutumy.

Era él quien producía las materializaciones y se presentaba de cuerpo entero, no sólo en las reuniones, sino que en las habitaciones y aún en los vapores en marcha cuando la Blavatsky viajaba de un punto a otro.

¿Eran ciertos todos estos prodigios y la relación de esta mujer rusa con el susodicho Maestro?

El estado mayor que la rodeaba, decía que sí.

Los nuevos enrolados que se iban invitando o haciéndose los convidados, se sumaban a los que afirmaban la realidad de los hechos. Y dudaríamos más, si la historia no nos mostrara desde antiguo, casos análogos.

Predicando el judío Jesús de Nazareth ante su pueblo y ejecutando milagros, no todos lo seguían y confirmaban sus poderes de taumaturgo. Por el contrario, la mayoría lo condenaba; unos pocos lo siguen... el perdón es sólo para Barrabás...

Ahora en la vida y milagros de la Blavatsky, cuya vida se mueve en el escenario iluminado del siglo veinte, la documentación histórica llena volúmenes a favor y en contra.

La luz de la crítica alumbra rostros respetables de muchos creyentes que jamás se separaron de la maestra y también anima caras implacables que se alzaron con la acusación en los labios. ¡farsa! alevosa preparación para engañar, etc., etc.

Averiguar la verdad de lo ocurrido, es tarea superior a nuestras fuerzas; mientras muchos veían en esos fenómenos la acción de fuerzas ocultas dirigidas por su Instructor Kutumy, otros no quisieron ver jamás otra cosa que el fraude y el escándalo.

Si esto pasa con grandes, ¿qué no pasará con los chicos?...

¿Cómo escribió la famosa dama rusa su obra la Doctrina Secreta?

Fácilmente, sentada en su escritorio aparecían los libros, volúmenes tras volúmenes, materializados especialmente para que ella tomara nota, citas, y luego desaparecían...

¿Qué poder sobrenatural los traía y se los llevaba de su presencia?

Era el poder de uno de aquellos Magos de Oriente que viven en la soledad del Tibet en todo ajeno contacto con el mundo externo. Era su penetrante mirada ante la cual la materia obedecía, se materializaba o se desmaterializaba.

Pero la herencia de tanto fenómeno no sólo alcanza a la venerable memoria de aquella discípula que causó el asombro de cuantos la conocieron; sino que muy luego el vidente Leadbeater, y la señora Besant, recién fallecida, entran en el número de los discípulos de aquellos Maestros, operando constantemente los cambios y dando el conocimiento de los planos invisibles de la naturaleza como una magia desconocida para nosotros.

Vamos a entresacar algunos párrafos del libro que el vidente Leadbeater relata sus experiencias personales como discípulo y en los cuales describe la mansión oculta en la penumbra elevada del Tibet, donde vive Kutumy.

Innecesario me parece advertir a las almas timoratas que en estas y otras líneas encontrarán materia de herejías grandes y pequeñas. Sobre la verdad que puedan encerrar estos relatos no nos pronunciamos abiertamente, por ahora, preferimos dejarla en suspenso.

No poseemos los medios para una demostración crítica; pero las indicaciones que daremos lograrán sin duda despertar en grado sumo el interés por ir conociendo las viviendas de estos grandes Maestros del ocultismo, la forma en que viven, las facultades extraordinarias que han conseguido y la doctrina que se desprende de la visión de los Magos de Oriente.

"La casa del Maestro Moria está en el lado opuesto del valle (con relación a la casa del otro Maestro Kutumy de que hablaremos en la próxima crónica) y mucho más abajo, casi al lado del templete y de la entrada al subterráneo. (Museo). Es de muy diferente arquitectura, de dos pisos con galerías de cristales en el frente de la fachada que da al camino. El género de vida del Maestro Moria es muy semejante al ya descripto del maestro Kutumy".

"Así es la regia presencia del señor Vaisvavata, el manú y gobernador de la quinta raza raíz, el adepto de mayor estatura, pues mide dos metros de alto y está muy bien proporcionado. Es el hombre representativo y el prototipo de nuestra raza, pues de él descienden todos los individuos de esta raza. El rostro del manú refleja extraordinario poderío; la nariz es aguileña; la barba castaña, espesa y ondulante; los ojos también castaños; y la magnífica cabeza ostenta, en conjunto, leonina majestad".

"Parecida figura es la del Maestro Moria (Jefe de la E. E. de S. T.) lugarteniente y sucesor del señor Vaivasvata, y futuro manú de la sexta raza raíz. Es de la regia estirpe Rajout; usa barba partida, casi negra, y sobre los hombros le cae la cabellera. Los ojos son negros, de escudriñante y poderosa mirada. Es unos cuantos milímetros más bajo de estatura que el señor Vaivasvata, tiene aire marcial y habla en cortas y concisas frases, como si estuviera acostumbrado a que instantáneamente se le obedeciese. Su presencia da la impresión de una fortaleza y poderío irresistibles con imperiosa dignidad que mueve a profundísima reverencia".

"La señora Blavatsky me refirió varias veces cómo había encontrado al maestro Moria, en el Hyde Park de Londres, cuando en el año 1851 vino él con otros príncipes indos a visitar la primera Exposición Universal. Inconcientemente, pues sólo tenía yo entonces cuatro años, lo ví también en aquella ocasión. Recuerdo que me llevaron a ver una fastuosa procesión cívica, en la que además de otras maravillas, cabalgaban algunos personajes indos lujosamente trajeados. Eran habilísimos jinetes que a mi parecer montaban los más hermosos corceles del mundo, y no es extraño que en ellos se fijaran deleitosamente mis infantiles ojos, y que fueran para mí lo más atractivo de aquella mágica exhibición. Al pasar los jinetes por donde yo estaba de la mano de mi padre, uno de los más arrogantes me echó con sus negros ojos una penetrante mirada que medio me estremeció y al propio tiempo llenóme de indescriptible gozo y entusiasmo. Pasó con sus compañeros y no le volví a ver, pero el recuerdo de aquella refulgente mirada quedó estampado en mi infantil memoria".

"Hablando un día en su presencia de los primeros días de la Sociedad Teosófica, acerté a decir que tuve el placer de verle por primera vez en materializada forma cuando en cierta ocasión fué al aposento de la señora Blavatsky, en Adyar, para infundirle fortaleza y darle algunas instrucciones. Pero él, que conversaba con otros adeptos, volvióse de pronto hacia mí y amablemente me dijo: "¡No fué esa la primera vez!... ¿No recuerdas que cuando eras todavía muy niñita fuiste a ver la cabalgata de caballeros indos, y no notaste que ya te eché entonces de ver?"

Recordé inmediatamente y respondí:

"¡Oh! Maestro. ¿Erais vos? Debía haberos reconocido".

La conciencia de los Maestros es extremadamente extendida. No tienen la limitación tan estrecha de nosotros. Ellos ven todo el desarrollo de un ser con una sola mirada. Aun mucho tiempo antes de que sucesan los acontecimientos del plano físico. Ellos tienen la certidumbre de lo que va a acontecer. Ellos suben su conciencia al plano causal con rapidez y observan los fenómenos en aquellos planos, mucho antes de que tomen realidad en la densa materia del plano físico.

El don de la profecía consiste precisamente en la clarovidencia anticipada de los hechos que ocurren después.

Sigamos nuevamente el interesante relato sobre la descripción de algunos de los grandes Maestros:

"Otro regio personaje es el señor Chakshusha, el manú de la cuarta raza raíz, de nacionalidad china y nobilísima estirpe. Tiene los salientes pómulos del tipo mongol y su rostro parece primorosamente esculpido en marfil viejo. Viste ordinariamente magníficas túnicas de tisú de oro, y por lo general no nos relacionamos con El, en nuestra usual labor, excepto cuando en tal o cual ocasión tratamos con un discípulo perteneciente a la cuarta raza raíz".

"El maestro Kutumy lleva cuerpo de Brahman de Cachemira y es de complexión tan airosa como la de los ingleses del tipo medio. Tiene flotante cabellera y azules ojos henchidos de júbilo y amor. La barba y el cabello son castaños, tornasolados de rubio y oro cuando los hiere un rayo de sol. La nariz está elegantemente configurada y los ojos son rasgados y de un admirable y límpido azul".

"El Mahachoán es el tipo del estadista, del hábil organizador, aunque también posee algunas características militares. Tiene cuerpo indo, alto y delgado, de perfil elegante y rostro lampiño, severo, con robusto y cuadrado mentón. Los ojos profundos, de mirada penetrante, y habla con brusquedad de soldado. Generalmente usa traje indo con turbante".

"Acaso el adepto llamado el Veneciano es el más gallardo y hermoso de toda la Fraternidad. Mide 1,977 metros de altura y su abundante barba y rubia cabellera se parecen a las del Manú. Tiene los ojos azules.

Aunque nacido en Venecia en familia indudablemente de sangre gorda, pues su tipo pertenece a esta sub-raza.

¿Y qué decir de otros misterios como el de los "dobles" de cada discípulo?

Sabemos que el Maestro Kutumy en su gran mansión del Tibet, tiene una gran Biblioteca oculta, en la cual se muestra gran número de cosas que iremos contando a nuestros amigos de CRITICA, todas ellas llamarán la atención y acaso nos den al final una ruta y una orientación más espiritual en la vida. Ahora diremos, para terminar, dos palabras sobre los llamados "dobles".

En una de las galerías de la casa cavada en la roca de la montaña, el Maestro tiene una serie de cuerpos en apariencia humanos, fosforescentes, en los cuales circula una materia "astral" en continuo movimiento: ¿Quiénes son estos personajes?... Son la copia hecha en materia astral de cada uno de los discípulos del Maestro. Semejan en todo a las personas que representan y están unidos con lazos de materia magnética a los cuerpos de los discípulos que se mueven en muy distantes países y climas. En estos "dobles" o cuadros vivos el Maestro observa todos los cambios emocionales, mentales y morales que se suceden en sus discípulos; si van bien, El les da más energía para que la utilicen en bien de sus semejants, si mal, disminuye la corriente o bien la corta.

¿No quisieran algunos de mis lectores tener un "doble" semejante para que lo escudriñe la penetrante vista del Mahatma (Gran Alma) Kutumy?

Si alguno se atreve, puede escribirme para ponerlo en contacto...

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









EL DOMADOR DE GATOS









DELICIAS NAUTICAS









LOS LENADORES DEL BOSQUE





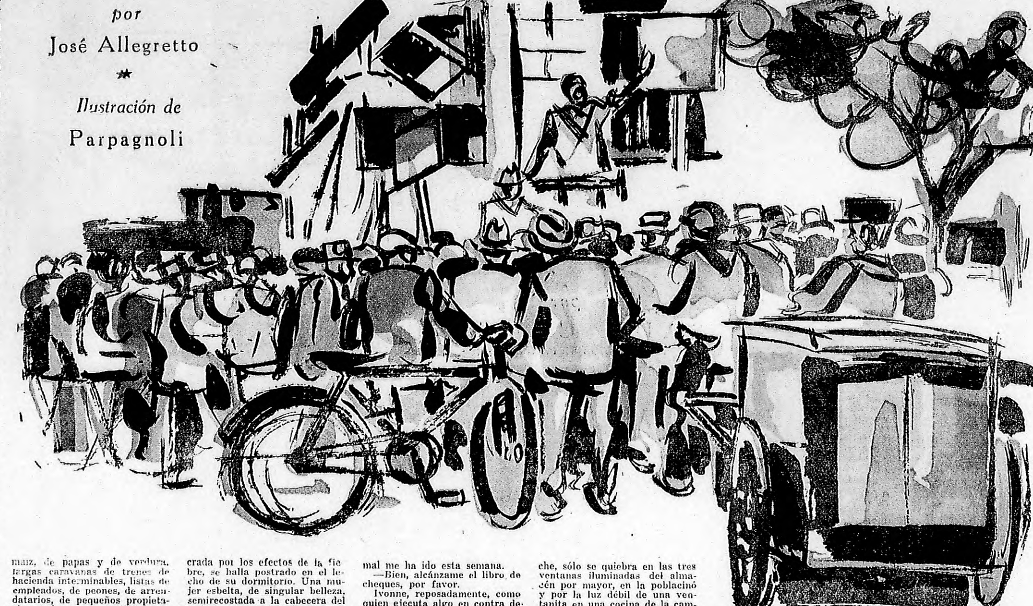


LA DURA INGRATITUD DE LA TIERRA

por José Allegretto

★

Ilustración de Parpagnoli



DIA veintiuno de Septiembre. La primavera ha hecho su entrada triunfal en el calendario, pero la ardorosa estación de las flores, de los frutos en sazón y del amor, se presentó en el escenario de este año arropada de pieles.

El frío es intenso, quizá más intenso, que la mayor parte de los días del invierno que se va; y eso que el invierno ha sido crudo. Toda la semana anterior ha llovido torrencialmente, anegando los campos; estaba previsto, el otoño y el invierno mezquinaron demasiado la lluvia.

Sin embargo, el primer día de primavera conjuró el agua, pero el cielo permaneció plomizo, encapotado, y sólo por la tarde el sol débil, pálidamente amarillo, vacilante, logró romper el cerco de nubarrones grises, pesados, compactos, que se oponían a su paso, y por breves instantes pudo mostrarse entre jirones de cielo azul; probablemente, el sol estaba extenuado por las energías derrochadas en la lucha.

Las diez de la noche. El frío se ha hecho mucho más intenso; un viento Sur, huracanado, ronca silbando su fiereza, batiendo los árboles, barriendo el campo y arrastrando en su torbellino todo lo que no puede resistir a su bravura, para estrellarlo violentamente contra la rompiente de las casas, de los montes, de los postes, que no ceden a su poderoso empuje, que no se asustan de sus coléricos bramidos.

Los campos de Villa J. en la provincia de Santa Fe, con sus tierras preñadas de agua, con sus bajos anegados, campean la noche aguantando la reciedumbre del temporal. Ni una liebre ha dejado su refugio, ni un desocupado ha abandonado la alcantarilla del ferrocarril en procura de alimento.

Los pobladores duermen, descansando de las fatigas del día, engañando el hambre y la angustia de todo el año; los menos en las casas, los más en los ranchos de adobe y barro y en los galpones de los establecimientos, hacinados como bolsas de arpillera en informes camadas de carne humana que las ratas atraviesan en todo sentido, en sus correrías hacia los cueros y los residuos de cereales.

El resto, los desocupados, se aprietujan en las alcantarillas, o en las ramas al costado del terraplén del ferrocarril. Durante el sueño se revuelven inconscientes, tratando de proteger las partes desnudas, que no alcanza a cubrir la vieja bolsa y que el viento corta implacable; de tanto en tanto, alguno se despierta, azuzado por la sensación dolorosa de un miembro entumecido y lo empieza a friccionar, o por los retorcijones del estómago vacío, que hace oir en su interior un sordo rugido de protesta.

En la población, el grupo urbano, raleado por grandes potreros que se aprietan a la vía, ha quedado sepultado en la oscuridad más profunda; tres ventanas iluminadas rompen, sin embargo, la tétrica consigna de la noche. Pertenecen al almacen por mayor y proveeduría, el centro económico de la zona, que junto a la iglesia son los más importantes edificios.

Dentro de la casa, en el amplio salón abarrotado de mercaderías, que apenas consienten en sus claros la intromisión de los escritorios, se trabaja activamente. Uno de los dueños, el gerente y varios empleados, practican el balance; las máquinas de escribir corren incansables al compás del tableteo de ametralladora de sus teclas, las máquinas de sumar tampoco pueden tomarse un resuello; todo es actividad, movimiento, un constante ir y venir de gente que mide, pesa, calcula, anota y grita cifras y más cifras, que van tomando colocación en planillas, libros, talonarios, en sus rubros correspondientes, debe, haber, bruto, líquido, condensándose cada vez más en nuevos papeles, hasta aparecer en cifras únicas, abultadas, terminantes: beneficio líquido.

El gerente, cada vez que se obtiene uno de estos resultados, rebusca el equilibrio de sus anteojos sobre su nariz de águila, seca, descarnada por la acción de veinte años oliendo los mismos papeles, y luego de regalarse con una sonrisa de satisfacción, va hacia el dueño, que examina impasible, sin que un solo músculo de su fisonomía se contraiga; el empleado vuelve a su puesto, intentando en un vano esfuerzo romper la línea curva de su espalda.

Fuera, el viento silba entre los hilos del telégrafo, estrella su ímpetu entre las casas y árboles, para cobrar nuevos bríos y lanzarse otra vez al campo, a batir las alcantarillas, las ramadas de los desocupados, a estrellarse nuevamente contra los galpones de los establecimientos donde duermen hacinados los trabajadores del campo.

William Storger, socio de la firma Storger Brothers and Company, sentado frente a su mesa de trabajo, entre las montañas de papeles apiladas a los costados, examina cuidadosamentes los legajos y atiende con su imperturbable flema inglesa las consultas de sus dependientes. Ante su vista reposada desfilan contratos de arrendamiento de las tierras de propiedad de la firma, de subarrendamiento de las que pertenecen a otros propietarios y que ellos han dividido en chacras de 10 a 200 cuadras, de medieros que explotan a medias la producción, de hipotecas sobre las pequeñas propiedades, y coteja con informes y estadísticas que proveen los empleados. Cientos de miles de hectáreas de tierra, millares de toneladas de trigo, de maíz, de papas y de verdura, largas caravanas de trenes de hacienda interminables, listas de empleados, de peones, de arrendatarios, de pequeños propietarios; todo, con matemática precisión, debe someterse al severo control de Mr. William Storgers.

A su derecha, media docena de expedientes judiciales, esperan también con su sentencia al pie la aprobación de Mr. William Storger para ser firmados al día siguiente por los representantes de la justicia.

De tanto en tanto, interrumpe su tarea para hacer alguna pregunta a su gerente.

—Mr. González, el colono "L" no ha pagado aún la anualidad adelantada del campo. ¿Cómo es eso?

—Lo he emplazado a treinta días, Mr. Storger — contesta el empleado. — Ese va a pagar.

—¿Y a "Z"? ¿Qué le pasa a "Z"? Ha sido siempre tan buen pagador...

—"Z" me comunicó que no puede pagar más en dinero. Quiere hacer un arreglo para pagar en especies. Dice que el maíz le ha producido $ 150 por cuadra y el arrendamiento solamente le cuesta $ 120. Que ya no puede aguantar más; desea hablar con usted.

—Está bien, llámelo mañana. ¿Y este italiano Patrignani?

—¡Ah! Ese sujeto es el sinvergüenza que acaudilló los colonos en la última huelga y que pretendía oponerse a que levantaran la cosecha con las máquinas de la casa, según reza el contrato; argumentaban tener maquinaria más barata y con personal federado. También se negaba a pagar y a alojar al empleado de la casa que controla el peso del cereal, no quería permitir que se eligiera la troja de donde debe sacr el 33 por ciento que paga por el arrendamiento y a colocarlo por su cuenta trillado y embolsado en la estación; en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

—Bien ¿y cómo es que aún no está desalojado?

—Ya hemos terminado el trámite, Mr. Storger; mañana efectuaremos el procedimiento con el oficial de Justicia. Ha perdido todos sus derechos porque se alejó para Rosario más de quince días; así que según el contrato, quedamos autorizados a tomar posesión de la chacra, sin interpelación, con todas las mejoras, reservándonos aun el derecho de reclamar por daños y perjuicios.

—Y, además, debe ser expulsado de la comarca. ¿No ha visto el informe de la policía? Aquí está, mire: "Sujeto peligroso, de ideas avanzadas, que obra en combinación con los elementos subversivos de Rosario". Pero me parece que va a haber inconvenientes para echarlo, el comisario, ese nuevo, tiene algunas cosquillas...

—¿Otra vez? Bueno, dígale a ese comisario, que si no cumple con este tramite, lo haré retirar inmediatamente.

—Muy bien, Mr. Storger — asintió el gerente, no pudiendo disimular su satisfacción.

—Y dígame ¿telegrafió a París? — interrogó Mr. Storger, examinando otros papeles.

—Sí, señor, ya he recibido la contestación también..

—Ah, sí. ¿Qué dice?

—Que se le giren los doscientos mil pesos, cueste lo que cueste el cambio.

—¡Qué bárbaro! Cuantos pedidos gordos ha hecho en el año, en ese tren se va a quedar sin un centavo, a pesar de sus cien mil hectáreas. Pobre muchacho. En fin ,el dinero es suyo.

Allá, en París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos, amueblado con un lujo oriental, un joven de veinticuatro años, casi un adolescente por su aspecto, la cara pálida, demacrada por los efectos de la fiebre, se halla postrado en el lecho de su dormitorio. Una mujer esbelta, de singular belleza, semirecostada a la cabecera del enfermo, acaricia suavemente su cabeza, que reposa en las almohadas ,entre sus finas y delicadas manos y los bucles de oro de su dorada cabellera.

—Me siento mal, Ivonne —se queja el muchacho.

—Oh, mon petit, no es nada, pasará enseguida, es cosa pasajera — le consuela la rubia francesita.

—¿Te quedarás luego conmigo?

—Imposible, imposible; nadie puede sentirlo más que yo, pero tengo un compromiso, no puedo faltar; se me parte el alma, pero debo cumplir.

—Irás a la ruleta.

—Sí... aunque me queda muy poco dinero... Ya sabes que mal me ha ido esta semana.

—Bien, alcánzame el libro de cheques, por favor.

Ivonne, reposadamente, como quien ejecuta algo en contra de su voluntad, retira del cajoncito de un pequeño secretaire, la libreta de cheques y una estenográfica. El joven se incorpora a medias, asistido por la francesita y con mano trémula, llena los espacios del cheque Cien mil francos.

—¿Me quieres?

—A tí, a tí solamente, amor mío. ¿Cómo puedes dudarlo?

En Villa X, provincia de Santa Fe, el viento culmina en el apogeo de su furia; los habitantes de las alcantarillas y de las ramadas al costado de la vía, sufren sus embates, entre el tiritar de sus miembros entumecidos y el sordo rugir interior de sus estómagos vacíos.

La tétrica oscuridad de la noche, sólo se quiebra en las tres ventanas iluminadas del almacén por mayor, en la poblacinó y por la luz débil de una ventanita en una cocina de la campaña. Dentro, un hombre de cuarenta y cinco años, moreno, de rostro curtido por el sol, las inclemencias del tiempo y el trabajo rudo del campo, se halla sentado frente a una mesa. Tiene entre sus manos callosas una carta y una lapicera; sobre la mesa, unas hojas de papel de carta, en blanco, sin una letra escrita sobre sus renglones.

Es Atilio Patrignani, colono de Villa X; sus espaldas de cíclope, sus robustos y musculosos brazos, sus manos como tenazas y la indomable expresión de su fisonomía, se debaten impotentes contra un obstáculo que no logran vencer.

Este hombre, cuya férrea naturaleza parece hecha para la conquista de un mundo, fracasa ante una blanca y débil hoja de papel; lee y relee los párrafos más interesantes de la carta de su hermano menor, que está en Buenos Aires y que quiere contestar: "Mis discursos (como en ellos se combate la desocupacion y contra la miseria y la crisis) merecen los elogios más calurosos de los líderes del Partido y el aplauso unánime de los afiliados. El año que viene seré diputado y en cuanto se afirme mi candidatura tengo asegurado el nombramiento de abogado de una gran firma norteamericana". Atilio ,a fuerza de releerlos, ya se sabe de memoria estos párrafos; su correspondencia con el hermano menor, ha sido siempre cordial y formulista; en realidad no se conocen. El, Atilio, llegó de Italia a los cinco años, inmigrante con sus padres, que se establecieron en Villa X, provincia de Santa Fe. Carlos, el hermano menor, nació aquí, pero a los diez años lo enviaron a Buenos Aires, a casa de un tío; y desde entonces toda la familia cifró en él sus esperanzas. El muchacho era inteligente, tenía buena cabeza, había que hacerlo estudiar; cuántas fatigas, cuántos sudores se tragaron la pensión, el Colegio Nacional, la Universidad, los libros, los derechos de exámen; luego, Carlos se recibió de abogado, el trabajo, sin embargo no se hacía presente, pero sus exigencias eran mucho mayores; actuaba en política, debía prestigiarse y para todo esto hacía falta mucho dinero.

Los pobres viejos burreaban en el campo, afanosamente, entre los surcos de la pequeña propiedad que habían logrado adquirir; Atilio y María, la hija, que también nació aquí, los secundaban resignados. María, a los veinte años se casó con el mecánico de una trilladora. Y poco tiempo después se trasladó con su marido, también, a Buenos Aires. Atilio quedó solo con los viejos en Villa X.

Los tiempos cambiaron, se fueron los días de esplendor en que las cosechas se vendían con ganancia y el chacarero podía ahorrar sus pesitos en los banco. Llegó la crisis, los cereales se desvalorizaban enormemente cuando el colono levantaba su cosecha, pero el precio subía rápido, cuando había enajenado el último grano.

Primero una hipoteca, no se pudieron pagar los servicios, luego una segunda y después la tercera; por fin, la chacra se remató, la compraron Storger Brothers and Company, los prestamistas. Atilio, arrendó la propiedad que había sido de sus padres.

Su amistad con Marcos, su cuñado ,el marido de María, el mecánico de la trilladora, se estrechó muchísimo; de él aprendió muchas cosas, se puso en comunicación con los trabajadores de Rosario y organizó a los colonos de Villa X. Se hizo la huelga y Atilio fué sentenciado por la firma Storger Brothers and Company. Al día siguiente, veintidós de septiembre, seraí expulsado con sus viejos de la chacra, donde dejaron cuarenta años de vida. El lo sabía.

Las primeras luces del alba, azulaban tenuemente el cielo; ya se escuchaba el piar de los primeros gorriones. Atilio Patrignani se había quedado dormido, su cabeza reposaba sobre la virgen hoja de papel, que en vano intentó conquistar durante toda la noche. En el sueño se debaten aún las inquietudes que agitaron su cabeza toda la noche; ve a su hermano Carlos, encaramado sobre una tribuna, arengando a la muchedumbre que aplaude frenética; oye su voz, entonada, musical como la de un órgano que repite: "Cómo se combate la desocupación; contra la miseria y la crisis", luego lo ve en las oficinas de una empresa norteamericana, firmando contratos con unos señores muy importantes y después lo encuentra en la amplia sala de la Cámara; pero ahora le cuesta reconocerlo, su cara ha cambiado, es diputado y le mira fijamente: primero ve dibujarse en su rostro una ligera sonrisa, mas, la sonrisa degenera pronto en una impresionante carcajada.

¡Hipócrita! quiere gritarle Atilio, pero su voz se ahoga en la garganta. Su sueño cambia; ahora ve a María, a Marcos y a sus tres criaturas quejándose de hambre y de frío en una pequeña piecita de conventillo. Se debate furioso, impotente, quiere despertar pero no puede.

Nuevamente el sueño toma otro giro; ahora experimenta una sensación de gran alegría; una muchedumbre se aglomera frente a su cocina, hablan, discuten, se mueven, mas el sentido de su acción y de sus palabras le es desconocido. Poco a poco, la situación se aclara, reconoce entre ellos a todos los colonos de Villa X, a todos los trabajadores del campo, a todos los desocupados de las alcantarillas y de las ramadas del costado de la vía. Están todos armados y esperan impacientes las resoluciones que toma un grupo reunido alrededor de su propia mesa; individualiza a Marcos y comprende enseguida quiénes son esos desconocidos que se sientan a su lado, se da cuenta que son los trabajadores de la ciudad.

La gente entra y sale de la cocina, inquieta, nerviosa, apurada, lleva y trae papeles que se leen, informes, órdenes y en Atilio siente necesidad de gritar su alegría, pero su voz no se oye, su garganta se niega a emitir los sonidos.

Ya no será desalojado de la chacra, la angustia de verse con los dos viejitos refugiado en alguna alcantarilla, o bajo una ramada al costado de la vía, ha desaparecido. Los obreros y los campesinos, unidos en un esfuerzo común, se han apoderado de las fábricas en la ciudad y de las tierras en el campo.

—Muchacho — oye llamar a sus espaldas — ¿no salís a buscar la lechera?

Se despierta; ya es completamente de día; apaga con un fuerte soplido la luz de la lámpara a carburo que le alumbró durante toda la noche y contesta a su madre que le acaba de despertar:

—Sí, mama, ya voy.

La pobre viejita, se apresta para reanudar la diaria tarea que emprendió hace cuarenta años. Ella no sabe que ese día van a ser desalojados.

Museo de la Confusión

EN un prensado suplemento dominical de cuyo nombre prefiero olvidarme, no ha mucho tiempo, el 29 de octubre, se permitió la publicación de un abultado poema de título acuático y sospechoso: Palabras escritas en el agua. Supuse primeramente que se trataría de las memorias de un buzo transoceánico, de las aventuras de un jabón Sunlight o del diario espiritual de cierto bagre-sapo inspirado. Desgraciadamente el autor era tan sólo Alfredo R. Bufano, dedicado a la agricultura. Las actividades de Bufano R. (para no confundir con la línea Bufano C.) se encuentran claramente especificadas en el poema. Explica R.:

Comparto mi escribir con poda y sementera.

Más saludable, claro está, que si lo compartiera con soda y cementerio. Luego agrega

Maté muchos quebrantos con el verso y la azada.

Como se ve, el poder mortífero de los versos del poeta no se limita solamente a la destrucción de lectores y congéneres, sino que se extiende a los detrimentos, deterioros, menoscabos, desalientos y otros desanimadores sinónimos. El infatigable agricultor nos muestra otras variantes de su trabajo:

O los frutales riego, o mi huerto cultivo,
o recojo las peras, o desnudo al olivo,
o las bestias abrevo, o alachadas avivo.

Habla también de su vida en San Rafael, Mendoza, donde actualmente se refugia:

Entre árboles y cerros diez años se me han ido.
Mas no perdí mi tiempo, tenedlo por sabido.
¡Menguada cosa fuera si lo hubiese perdido!
Contra un día de holganza, cien de labor han ido.

Olvidándose de esta confesión, quince centímetros más abajo expresa:

Con las gentes aldeanas me place conversar
del tiempo de carpir, del tiempo de sembrar;
y entre ellas confundido no me veréis faltar
a misa los domingos y fiestas de guardar.

¿En que quedamos? ¿No había dicho anteriormente que contra un día de holganza, cien de labor han sido, y ahora resulta que aparte de los domingos, aprovecha el sábado de gloria, el martes de Carnaval, el miércoles de Ceniza, los viernes Santos, el mes de María, el año eclesiástico y festeja todos los patriarcas, respeta todos los mártires y acompaña en el sentimiento a todos los apóstoles del almanaque? Mientras tanto el huerto se cultivaba solo, los frutales salían corriendo a buscar una regadera, el olivo se encontraba vestido de pies a cabeza, las alachadas no se avivaban ni por equivocación y las bestias se abreviaban con una velocidad alarmante.

La explicación nos la da el poeta diciendo:

Cuando no escribo, leo;
cuando no leo, escribo

Yo le recomendaría al señor Bufano, por más dolorosa que fuera la experiencia, que se ponga de acuerdo y que lea cuando escribe, para evitar así estas contradicciones que tanto afectan a la chacra. La otra variante de que escriba lo que lee, no se la recomiendo porque ya ha sido demasiado utilizada por nuestros mejores y originales plagióstomos.

★

El programa cinematográfico del cine Renacimiento suele en ciertas ocasiones estar realmente inspirado. El del 24 de octubre me brindó algunas valiosas confusiones. Explicando uno de los personajes de la tan padecida cinta: "Paprika, la muchacha de Budapest", decía el programa:

Le interesaban más las moscas para alimentar sus ranas, que la mujer más hermosa del mundo.

Aunque se han dado casos de graves distracciones por parte de ciertos sabios calumniados, no creo se haya dado nunca el de un profesor que se alimentase exclusivamente de moscas y calmase el apetito de sus ranas con Miss Universo o Alfonsina Storni, solución que parece recomendar el comentarista programero. La otra variante de que las moscas se lo coman al profesor y las ranas sean devoradas por la beldad, no sería de conveniencia para la empresa, pues el espectáculo terminaría antes de empezar, por falta de intérpretes.

En la sección anterior a "Paprika" aguanté la cinta "Casa de Modas", con Renate Müller, la estrella de la eterna sonrisa (según descripción del afamado programero), cualidad de la que, desgraciadamente, carecíamos los arriesgados espectadores. Comentando la película, el programa nos efectuaba las siguientes preguntas:

¿Se usará la piel de mono en 1934, los trajes sin espalda y los zapatos de elefante?

Estos interrogantes en lo que a mí respecta pueden ser merecedores de la siguiente contestación: continuaré usando mi epidermis en 1933 hasta que no pueda más y me entierren; el sobretodo, saco, chaleco, pantalón, medias y camiseta los utilizaré con espaldas y todo, como hasta la fecha, y no caeré tampoco en la ocurrencia de usar botines descalzos por más que sea costumbre de ele (gantes o fantes).

En el frontispicio del programa se daba la noticia que sigue:

Mañana, estreno "Columbia Pictures". (Primicia exclusiva). "La creación cumbre del gran astro de la pantalla Jack Holt en: "El Demoledor".

A esta creación cumbre de El Demoledor, seguirán otras no menos importantes, como:

La creación esposa: El Diluidor; la creación sótano: El Barrilete; la creación poética: Cuellixto Oyuela; la creación vegetariana: Plantígrados; la creación insuperable: Carlos Inauguren.

★

En el número que con motivo de su insospechado primer aniversario puso en circulación la revista Maribel, un poeta que pulula por Santiago del Estero y firma Miguel Bas, aparece en letras de imprenta, responsabilizándose de la composición: He perdido mi corbata. Héla aquí:

HE PERDIDO MI CORBATA

Por no ajarla
la llevaba desanudada
y un vientecillo aleve
me arrebató la corbata.

¿De qué materia estaba construída esa corbata? ¿Telas de araña, baba del diablo, hojarasca voladora, vapor de agua, gas acetileno? ¿Y el vientecillo aleve era acaso el símun del desierto, el Zonda, el Siroco, los negros tifones del mar de la China, el pampero arrollador? Vanas conjeturas, la solución es mucho más sencilla:

La corbata era mi alegría,
el vientecillo aleve,
la mezquindad
de una muchacha.

Moraleja: siempre que se pueda, es preferible el uso de corbatas, botines, escafandras, chalecos de fuerza y demás prendas indispensables de material consistente y real, evitando el uso de vestimentas meramente alegóricas, pues se vive en la amenaza constante de perder mitras, skis y armaduras ante el soplo aleve de la mezquindad, la brisa de la tacañería, el céfiro de la avaricia, la corriente de aire de la ruindad y otros movimientos etéreos convencionales.

★

El jurisconsulto Horacio H. Dobranich, acaba de recopilar en serio una serie de publicaciones bajo el desarreglado título: Entre libros y papeles. Entre los papeles encontré una obrita bautizada El Redentor y de ella extraigo lo siguiente:

En la cárcel le llamaban Redentor y allí había entrado para purgar el delito horrendo de no querer matar. ¡Oh, extraña aberración...! Sonaron un día las trompas de guerra llamando a los hombres a la cruel carnicería y hubo un mocetón valeroso que no acudió al reclamo, obediente a las palabras de Jesús: No matarás, y el que matare será reo de juicio.

Con seguridad, al señor Dobranich lo han informado mal en la comisaría, presidio o reformatorio al que acudió en busca de datos para su héroe, pues a los que reaccionan en la forma descripta ante el llamado de la conscripción, trompas de guerra y otros incómodos requerimientos, nunca en los calabozos triangulares, pabellones y dependencias para huéspedes se les da el nombre de Redentor, Restaurador o Libertador, sino que reciben ese otro más sugestivo y acomodado: el Desertor. El obediente personaje demostró también que a más de buen cristiano era un buen vegetariano, pues se negó rotundamente a introducirse en la cruel carnicería. Años después, el Desertor cambió de domicilio. Salió de la cárcel y habitó la intemperie, sitio desde el cual se dedicó a la predicación. Les dijo a los fariseos:

¡Ay de vosotros, hipócritas!, que devorais las casas de las viudas.

¡Ay de vosotros fariseos! que vestidos de corderos rondais por mar y tierra para hacer un prosélito y cuando lo habéis conseguido, sois lobos hambrientos para devorarlo.

En este caso tampoco estoy de acuerdo con el señor Dobranich ni con el predicador y dudo firmemente que los fariseos después de alimentarse con los compartimentos separados, salitas amuebladas y centros recreativos regenteados por las viudas guardasen apetito para diversos prosélitos, allegados y contertulios. Pongo en duda igualmente las cualidades marineras de los corderos en alta mar y los resultados prácticos obtenidos por los ovinos dedicados a la piratería y el abordaje.

Anímula Vágula



LA MILONGA EN LAS DOS BANDAS

LA popularidad que conquistaba la Milonga danzante sugirió en el suburbio un nuevo lucro, y se instalaron "salones de bailes públicos" con el consabido anexo de "bebidas".

En Montevideo fué.

Más o menos uno por barrio: el Puerto, el Bajo, la Aguada, el Cordón, etc.; no alcanzaron la media docena. Los más famosos y que subsistieron hasta ser los últimos en desaparecer, fueron el titulado "Solís y Gloria", del suburbio marítimo, y el "San Felipe", del barrio orillero del Cubo del Sur, llamado entonces el Bajo.

Nos referimos a los verdaderos "salones de baile", a las "academias", no a otros que también tuvieron su fama, pero que utilizaban la danza como antesala del libertinaje, no haciendo de ella una especialidad sino un medio.

Sólo el "San Felipe" lució de subtítulo: "academia de baile", que se generalizó y sirvió para distinguir esos locales.

No son cosa antigua las "academias"; la última, la "San Felipe" se clausuró en 1899. Viven pues, muchos que la conocieron sin sospechar que allí se incubaba el famoso tango, entre mujeres de la peor facha, compadraje profesional temible, y ambiente espeso de humo, polvo y tufo alcohólico.

Los empresarios de tales salones contaron para su instalación con el elemento creador de la Milonga, único recurso para llenar el objeto a que se destinaban. En consecuencia, los cuartos de las chinas y el suburbio de avería volcaron en ellos técnicos y clientela.

Guías de gallardetes y flores de papel los cruzaban en todas direcciones en misión de adorno. Alumbrado a kerosene. Asientos.:. apenas unos bancos arrimados a la pared, en los que únicamente se sentaban las mujeres a la espera de la demanda; para los músicos varias sillas, y luego: público, clientes y hasta el bastonero-administrador, de pie.

Las orquestas de los "bailes públicos" solían



componerse de media docena de musicantes, generalmente criollos y virtuosos del "oído"; los más inspirados componían los bailables que habían de acreditar el local.

En mayoría instrumentos de viento, porque el entusiasmo se sostenía en razón directa del estrépito. No se conocía el "bandoneón", que es un mal reemplazante del mentado acordeón-piano que no todos dominaban, y que lo mismo que el acordeón común únicamente se usó en los bailes del pueblo y en los sucuchos orilleros.

No sólo Milonga se bailaba en las "academias", también se rendía culto al repertorio íntegro de los salones sociales: valse, polka, mazurka, chotis, paso doble, cuadrilla; todo enérgicamente sometido a la técnica milonguera.

★

Las danzaderas, pardas y blancas. No se les exigía ningún rasgo de belleza, sino que fueran buenas bailarinas, y lo eran a toda prueba. De indumentaria, pollera corta, sobre enaguas muy almidonadas y esponjadas; las únicas polleras cortas que se conocieron entonces y las mismas de la moda actual; ese detalle no era como lo es hoy, un medio de tentar "exhibiendo el artículo"; lo requería la faena, porque con pollera larga habría sido imposible maniobrar en el "corte".

El desecho femenino del suburbio alegre se amparaba en los duros bancos de aquellos locales. Terrible maldición para la mujer de vida airada, predecirle que concluiría su destino en una "academia"!

No se bailaba por el momentáneo contacto con la mujer, sino por el baile mismo. La compañera completaba la pareja, por eso no se le exigía más atractivo que su habilidad danzante.

Aquellas infelices actuaban sin descanso desde las primeras horas de la noche hasta el alba, resistiendo una tarea aplastadora. No tenían sueldo, y dividían con el empresario los honorarios (unos centésimos) que conforme a tarifa fija les abonaba el cliente por cada pieza.

Merece especial mención la parte que ellas desempeñaban en aquel agitado danzar. Llevadas al capricho del compañero al impulso de las figuras que él mismo provocaba, era fácil perder el compás, y debían cuidarse de ello, para no desacreditarse, por eso cultivaban la habilidad de adivinar el desarrollo de aquel trajín. A la consiguiente tensión imaginativa añádase el zamarreo a que iban sometidas, llevadas por delante, ya sacudidas, ya enancadas sobre un muslo del compañero, ya dobladas hacia atrás.

Semejante tarea fatigosa y brutal, agregada al uso del alcohol y tabaco, sustraía a la mujer las timideces naturales de su sexo, la masculinizaba, despojándola de los restos de atractivos que hubiese salvado de la bancarrota de su vida. Es pues, irrefutable que sólo preocupaba el culto de un nuevo arte de emociones y acrobacia danzante, exento de toda sensualidad para nuestros criollos, allí bajo la cúpula de chapas de zinc de sus "academias", sagrados templos de la Terpsícore prohibida, que la cultura espiaba ávidamente por las hendijas del maderamen.

★

Presentados los "salones de bailes públicos" en general, en los párrafos que anteceden, vamos a ocuparnos únicamente del "San Felipe", el más típico y amplio, el más importante y famoso, el creador de la "academia del corte y la quebrada", el clásico; el más cómodo, pues ofrecía al público amplia gradería de tablas, alta y baja.

Ubicado en el Sur, en el mentado Bajo montevideano, se agitaba a su frente el oleaje insensato de la cáfila orillera, mientras a sus espaldas acariciaba o batía furioso el oleaje del Plata salado. Era un galpón de madera y zinc asentado sobre paredes bajas. "La Academia", no se le llamaba de otro modo, sólo a sus similares se les nombraba por sus títulos de guerra.

Rara orquesta, de viento y cuerdas, ocupaba un palco alto en el fondo del salón. Del clásico arsenal del ruido armonizado, tenían allí sus representantes permanentes: tres violines, un arpa, una flauta, un flautín y un bajo de metal; por ausencia de alguno de ellos o refuerzo en ciertas ocasiones, figuraron otros instrumentos; todo dócil a la dirección de un armonio clásico de tres octavas, manejado por el director, Lorenzo, un criollo analfabeto del pentágrama, que tocaba hábilmente con una sola mano aquel histórico instrumento, en que dieron vida a su inspiración en el pasado siglo, los elegidos del divino arte. En él también se compuso para el suburbio, milongas especialmente, cuya demanda era continua y acrecentaba la fama y prosperidad del salón.

Tan honrosa y respetable representación instrumental, fué la que asistió contraída y empeñosa a la solemne academización del "corte" y la "quebrada".

Cada instrumento solía tener un momento feliz, sus cinco minutos de actualidad, destacándose en una fioritura llena de dificultades; hasta el bajo cosechó reputación con su formidable "si bemol", que es el "do de pecho" de este metal; con sus oportunos mujidos en pases y finales, que trasmitían a larga distancia la alegría nocturna orillera, jamás este instrumento resonó en el mundo como en la Academia, dominado por los respetables belfos del negro Madero, que a soplidos cimentó su fama en toda la ciudad, y que sin saber leer una sola nota orientó aquella orquesta en forma tan insólita como pintoresca

Director y ejecutantes, todos virtuosos del "oído" y todos criollos.

Esbozada una pieza se instrumentaba, literalmente, instrumento en mano; ya dominada se sometía a un ensayo general, y en un par de horas quedaba lista aquella orquesta de música instintiva, para repetir cientos de noches su último bailable de actualidad.

En la formación del repertorio de las academias, cooperaba todo el elemento aficionado del suburbio. Raro quien no tocara guitarra, mandolín, bandurria o acordeón; raro el que no supiera entonar un canto. Se cultivaba la emulación de ofrecer algo propio, y eso estimulaba la inspiración. Era corriente que un buen cantor o tocador tuviera su "pieza" y con el tiempo su repertorio original, poco común en los mismos profesionales y egresados de conservatorios.

Las composiciones que conseguían popularizarse, llegaban solas a las "academias" y se orquestaban; otras se obtenían en audición de asesoramiento con algún milonguero que cedía "su pieza".

En todo este trámite no influía ningún interés pecuniario, ni el valor de un centésimo; una copa sobre cualquier mostrador, de rubia caña o de oscuro guindado, era el pago cortés.

★

El repertorio importado era fielmente interpretado, y en el milonguero se hacían primores.

Las baterías de percusión de las orquestas tanguistas de hoy, fueron adivinadas por la Academia: Lorenzo tenía al alcance de la mano libre una lata y un palo, para producir estrépitos oportunos en ciertas piezas, en las horas de decaimiento de la serata y a manera de ouverture de las piezas nuevas o más solicitadas.

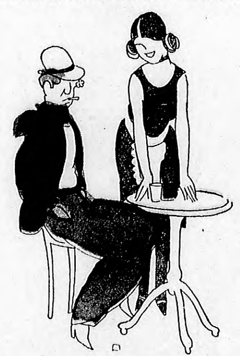
Todo el repertorio social se cultivaba en la Academia y se entregaba al suburbio sin secretos y sin hipocresías. Enorme habilidad se necesitaba para adaptar al "corte" aquel repertorio, pero era fácilmente dominado.

El valse, la polka, la mazurka, todo bailable sometido a la técnica milonguera obtenía efectos imprevistos de estética desorbitada y disciplinada a la vez, en que ponía a prueba sus sorprendentes condiciones de bailador el orillero montevideano.

Esos acriollamientos requieren una especial mención; verdaderas maravillas de la compadrada llevada al arte o viceversa.

El paso-doble, sin perder su medida gravedad, calavereaba con aquellos compases acariciadores, consiguiendo efectismos impresionantes; cortaban la respiración sus famosos calderones y silencios; trasmitía incontenible anhelo danzante su nerviosidad sincopada.

Extraño es que esto haya escapado a los tratantes del "sainete criollo rioplatense"; un pasodoble bailado académicamente, aseguraba acontecimiento diario, por mucho que se repitiese, pe-



ro, con música de aquellos maestros, libre como las gaviotas que solían reverenciar con raudos vuelos, la cúpula a "dos aguas" de su academia.

Una o dos cuadrillas solían bailarse, sólo momentos antes de clausurarse el local, al clarear el día, el crepúsculo del nochero; tal reserva para la última hora tenía por objeto retener la clientela, y eso dará una idea del interés que había por aquel bailable. El espectáculo ha sido



único en el arte del suburbio montevideano; aquello fué el "corte" elevado al máximum y a la "quebrada" en su ángulo más cerrado; hombres y mujeres revelaban cierta gracia aplicada en movimientos desperezantes de bailadores indúes.

Aquellos impresionantes "balancés" de las cuadrillas de la Academia, daban todo un suceso de emoción; la pareja, como de una pieza, giraba rápida, liviana, trasmitiendo un desconocido encanto del vértigo de la danza, y se detenía en seco, tranquila e indiferente, que era un modo de ser de la vanidad orillera. Aquellos "pases", "paseos" y "saludos", no podían menos que evocar la elasticidad del negro, al evolucionar los bailadores alrededor de sus compañeras, retorciéndose suavemente en contracciones rítmicas, cual si rodeados de serpientes amenazantes esquivaran las mordeduras.

Otra veta que el "sainete criollo' no ha visto. La cuadrilla con "corte" llevada a la escena le habría proporcionado un mal rato al tango, pues reune más belleza y más arte, y fácilmente levanta el entusiasmo del público.

Nuestro orillero prodigaba en repertorio extranjero su espontánea e ilimitada inventiva coreográfica; abrazado a su compañera, ya con mucha luz, ya de una pieza, ya soltándola para desarrollar consigo mismo un "corte", filigrana desconcertante y volver a prenderse de ella, que a su vez ha estado avisora coqueteando con el compás.

En ciertas situaciones propicias el bailador taconeaba, obteniendo excelentes efectos, infalibles en valses, pasodobles y cuadrillas.

Ya no sólo el negro se floreaba y divertía con sus reminiscencias raciales a través de costumbres, tiempos y temperamentos; acudían a la Academia en busca de las sensaciones de la Milonga, la juventud masculina de todas las clases sociales; de espectadores-alumnos en enorme mayoría, que bailar en público no era para todos, y allí, donde canchaba el orillero, mucho menos, pues se jugaba un ridículo seguro. En privado satisfacían sus entusiasmos los aficionados.

Pero era el negro el que triunfaba y reía, con alegría abierta, contagiante, de niño grande; reía porque sí, como rió su ascendiente africano en todo momento. Los sufrimientos de la raza cuajaron en risa, así como la extremada risa cuaja en lágrimas.

Todo el proceso creador y evolutivo de la Milonga era obra suya. El negro criollo rioplatense tiene su especial característica para caminar: visto de atrás recuerda el tranco con flexiones de un felino que va al paso, tranquilo y confiado, tranco que simula cansancio y que fácilmente se transforma en movimientos rápidos; por eso era impetuoso y fantástico cuando bailaba; hormigueaba en sus nervios toda danza antes de abordarla, y ya en posesión de ella le aplicaba las características que triunfan en estos momentos en bailables mundiales, por vía norteamericana.

Era oportuno, incansable, persistente; artista pero no artífice; daba sus danzas plenas de sugestiones en bruto, que el blanco suavizaba y desempeñaba seriamente, mientras el negro reía.

Viviendo en el ambiente agresivo del suburbio, donde del sonso hacen hachuras, inferior a todos por el color, ha necesitado demostrarse superior en los hechos, de ahí que: negro cantor, el más inspirado, el más sentimental o el más zafado; peleador, un torbellino; bailarín, toro y víbora a la vez.

Nada más lógico que pretendiera evidenciar a su hermano blanco que poseía muchas de las condiciones que le negaba, superándolo en unas, y en otras creyendo sinceramente (verdadera "cosa de negro") que haciéndolo más exagerado lo hacía mejor.

En boga el baile con "corte", sólo él se distinguió singularmente en su acrobacia. Siempre formó en la "yunta brava", la que el público prefería, y premiaba con aplausos su tarea.

¡Y qué tarea!

El negro y su compañera (que no era negra porque no las hubo en la Academia) se trenzaban conforme a lo más exigente del ritual: él la tomaba de la cintura con su brazo derecho, plantándole la mano abierta sobre la rabadilla; con la mano izquierda tomaba la derecha de ella y la afirmaba sobre su propia cadera izquierda.

La compañera pasaba su brazo izquierdo por sobre el hombro derecho del negro, y en la paleta le apoyaba la mano, ocupada en tener un pañuelo para combatir al sudor que le embarraba el empolvado de arroz, o el cigarrillo que fumaba displicente. Las piernas trabadas, en apariencia. Las cabezas muy juntas, casi tocándose, cuando no van sien con sien. En semejante block la pareja evoluciona como si fuera de una sola pieza, admirablemente obediente al compás de la música; liviana, flexible, incidentaba su trayectoria con escisiones y giros tan imprevistos como apropiados; atropelladas y conversiones cortaban a capricho una suave refalada. Extraña acrobacia de un ovillo humano, en una extraña danza incitante y artística, que no admite referencias ni comparaciones con ninguna otra danza de todos los tiempos y de todos los pueblos.

En los períodos románticos que el negro daba a su baile, la pareja se escurría lentamente, bamboleando suave y correcta. De vez en cuando, en una vuelta, un corte; aquí el negro despegaba del suelo con negligencia el pie que debía levantar, primero el talón, con el que describía un semicírculo, sirviendo de eje la punta, que no se ha desprendido del suelo; abandonaba la pierna como si le pesara, hasta el envión que terminaba la vuelta (todo en pocos segundos) volviendo la pareja a su deslizamiento de reptil en contracciones lentas y medidas.

La música picaresca y espasmódica, entre compases mudos de profunda sugestión nerviosa dejaba oir taconeos y arrastres de los danzantes, marcando segundos de intensa emoción. La pareja desgonzada, perezosa o inquieta, iba delatando que allí estaba el negro en sus culebreos rítmicos.

★

El pardo y el blanco no se adaptaron a la técnica del negro, no tenían temperamento para ella; aceptaron sus lecciones del ritual, pero no sus atrevidos desplantes; en consecuencia, a toda exageración o impetuosidad milonguera se le llamó "cosa de negro" o "bailar a lo negro".

También de finísimo oído, dominaban confiadamente el ritmo cual si estuviera sometido a ellos, siendo a la inversa.

Sin embargo, bajo la tentación de los pintorescos atrevimientos del negro, se dejaban ir suavemente a punta, talón y traspiés, en vaivenes jactanciosos, ya de costado, ya sobre sí o sobre la compañera; de una pieza las parejas; sin despatarrarse nunca; con toda la elegancia académica del suburbio. Y así, mientras el negro, sien con sien, y pecho con pecho marcaba sus semicírculos a punta y talón, y daba la sensación de dan-



zar sobre la cubierta de un barco navegando en mar picada, pardo y blanco se hamacaban como sobre piso elástico.

La música trasmitía las insinuantes ansiedades de su cadencia, cuyas notas revoloteaban, planeaban, aterrizaban y volvían a volar, sin tomar nunca inadvertido a nuestro orillero.

Iba él con ellas en un floreo de deslizamientos. Interrumpidos de trecho en trecho por imprevistos croquis geométricos delineados sobre el suelo con los pies.

Ante una trabada en un cruce de piernas como para un tumbo, que se conjura fácilmente con una conversión compadrona que dá motivo a salida de flanco, carrerita y parada en seco, o a quebrada con talonazo, como al final de un párrafo se marca un punto, surge la sospecha de que se garabatea con los pies, y en tal caso, únicamente música.

En notas y dibujos festivos se ha comentado la seriedad y solemnidad con que se conduce el macho de la pareja en el Tango; eso fué común en la Milonga, por razones de peso: el pardo y el blanco necesitaban defender sus habilidades con todos sus sentidos, a impulsos de su profunda vanidad, y les preocupaba seriamente el temor de hacer un mal papel, lo que se reflejaba en sus caras. El negro, exento de vanidades, que para nada le servían por ser quien era, pero nacido para crear y dominar las más difíciles danzas, milongueaba risueño, seguro y loqueando, como diciendo: "Esto es mío y no me falla'.

La Milonga aunó la sentimentalidad africana con la ingeniosidad rioplatense; en ella todo es propio: nombre, ritmo, técnica, ritual y lenguaje.

Emulación de la danza cubana, se plasmó en su música, pero cuando triunfaron sus originalidades se fué creando la propia, instrumentada por los maestros del suburbio.

Entonces tuvo títulos, y ellos nos dan otra prueba de que no fué sensual: "Mate amargo", "Cara pelada", "La quebrada", "La Canaria", "Kyrie eleison", "Pejerrey con papas", "Señor Comisario", etc., ni siquiera amorosos, porque en el Bajo brutal no se alojó el idilio. El orillero aprovechaba las situaciones de sensualizar, con la suficiencia y despreocupación del que no necesita de ellas, por verdadero sport .

Las hubo de larga fama entre esas ilustres progenitoras del Tango; siempre ingenuas en sus notas fáciles, breves pero saturadas de la fina intención orillera.

¡Quién pudiera recoger todo aquel anónimo repertorio o parte de él, ya perdido por olvidado, del frondoso folklore montevideano!

La Milonga no tuvo versos nunca. Algunas de las más popularizadas obtuvieron letra que no autorizó la Academia.

Entonces, el pueblo de una apacible y sencilla Montevideo solía pasear por las calles su alegría, reflejo de un espíritu accesible a toda emoción regocijante, y en sus serenísimas noches estivales y primaverales, con música o sin ella, grupos de jóvenes las cruzaban cantando la última Milonga versificada, cuyas juguetonas armonías penetraban en todos los hogares del camino, dejándoles el eco amable de sus ritmos y rimas, en que el alma popular condensaba su romance siempre alegre y lleno de incontenible afán comunicativo.

Cuando el pampero bramaba sobre la ciudad, coreado por el mar que la rodea, encrespado y rabioso, y colaba el frío intenso por todas las hendijas, también la trova milonguera cruzaba las calles con su invariable buen humor.

★

Otra vez esbozamos la gran afición a la danza en el pueblo de la banda occidental del Plata, y se indica el género de ella en los barrios de Buenos Aires.

Al negro criollo corresponden los derechos y honores de fundador. Los "Cuartos de Palermo" fueron los primeros bailes que se establecieron bajo la auspiciosa complacencia del loco Juan Manuel Rosas, que ya hemos visto custodiado por la elegida negrada de la Guardia, y que observó con íntima satisfacción que la impedimenta de mujeres de sus cancerberos se instalara en los alrededores de su guarida, donde hoy está el Jardín Zoológico, donde estuvo el Cuartel de Artillería y en terrenos hacia el río.

Allí fueron los famosos Cuartos de Palermo, continuación de una de las rancherías de esclavos donde reinó el candombe clásico, desde su época inicial de inefable "refocilamiento" de los "arrogantes colonos".

La endémica inquietud del bullicioso negro canchó en aquellos Cuartos, sin descanso, todas sus danzas predilectas, desde el Candombe machacador y selvático hasta el respetable "Minué Federal" o Nacional, cuyas figuras allí encantaron al loco, mientras en los altos salones le hacían sonreír taimado, porque le expresaban la adulonería del miedo de la "gente bien", de su tiempo, que aborreció brutalmente.

Todo el programa autóctono y africano apisonó en los Cuartos de Palermo, con los más diversos instrumentos de testigos, pues los negros aprendían cualquiera fácilmente, que siempre tuvieron un conservatorio en cada oreja. José Antonio Wilde dice de los de su tiempo: "Todos los negritos criollos tenían un oído excelente, y a todas horas se les oía en la calle silbar cuanto tocaban las bandas, y aun trozos de ópera".

El "corte" llegó a Palermo por la ribera y como de encargo; traía en su enervante síncopa el alma de la raza, pero acostumbrados los negros al baile sin abrazarse, cayeron en el "Tango lubolo" y hacían "quites" y "quebraduras" con la sombra.

En la ciudad se instalaron y renovaron en diferentes épocas, gran número de casas de bailes públicos con anexo de bebidas y juego. No tenían ninguna semejanza con las montevideanas. En los suburbios la orquesta invariable no pasaba de un organito o un acordeón. No era difícil hallarla también en mejores barrios, pero las hubo con instrumentos de cuerda y de viento.

Las mujeres actuaban por una asignación fija diaria, en algunas casas; en otras se presentaban con sus compañeros o acudían solas en carácter de citadas por ellos.

Las casas de bailes públicos porteñas no tuvieron más designación que la de sus propios nombres, el de sus propietarios o el de su ubicación.

Entre las muchas que se instalaron fueron mentadas por sus escándalos o por su clientela, la de Solís y Estados Unidos; la de Pozos e Independencia, que fué la última en desaparecer, por el 84; la de Carmen Varela, en la Plaza Lorea; varias en los Corrales.

Más tarde se abrieron otros bailes a organito y sin carpeta de juego, que se llamaron "peringundines" (vocablo genovés con que se designaban esos locales), fundados los primeros por ítalos en el barrio de la calle Corrientes, precursores del destino de esa hoy congestionada arteria de la enorme cosmópolis, vía Apia de la farándula en todas sus fases y categorías. Los "niños bien" prefirieron los peringundines. Tuvieron su hora de actualidad: dos ubicados en Uruguay y Corrientes; el que ocupaba el sitio que hoy tiene el teatro Apolo; el de Provin, Corrientes y Talcahuano; el de Libertad y Corrientes, etc.

En todos los bailes públicos porteños se cultivó únicamente el repertorio exótico, más apretadito que de costumbre, y de allí no se pasaba. La calaverada más grande era bailar la habanera confidencial, pero limpio y derecho.

Valse, polka, mazurka, chotis, habanera y "da capo", tal era el programa; la escasez de música de esos bailables (apenas se imprimía una que otra pieza en París, única exportadora), estimuló la inspiración de los músicos criollos, profesionales y de oído, y fueron ellos los verdaderos proveedores; casi todos morenos y pardos, como venían siéndolo desde las primeras sociedades nativas; cincuenta años atrás "casi todos los maestros de piano (de Buenos Aires) eran negros y pardos, que se distinguían por sus modales", dice Wilde.

Queda consignado en el anterior capítulo dónde y cómo se adoptó en Buenos Aires la Milonga montevideana o "baile con corte" que en los salones centrales no prosperó; y repetiremos que el repertorio exótico no cayó bajo la técnica milonguera, ni en los mismos locales donde se rendía culto al "corte".



POR

VICENTE ROSSI

ILUSTRACION DE

A. RECHAIN

VIDAS ROTAS



ENTRADO en años, mezquino de salud, de ojos azules y cabellos canos, de mirada distante y semblante sombrío, ya casi se había olvidado su nombre. Lo llamaban "Shaybú" y tampoco le importaba. "Shaybú" había sido un perro, fiel a un amo que lo había tenido a su lado, aún en las privaciones del bofe y el hígado, muerto de un escopetazo que le partió el cráneo cuando tuvo un principio de sarna.

"Shaybú", hombre, sumaba a las desgracias físicas y morales que le había infligido la naturaleza y la humanidad, la de meditar profundamente sobre la vida.

Serio, con solemnidad de estatua, avaro de palabras, se procuraba satisfacciones de sabios muertos de hambre, escribiendo en su mesa del burdo cafetín, frases solemnes y profundas. Se sabía conocedor de la vida y de las circunstancias ineludibles que lo habían hundido injustamente y que podían enaltecerlo otra vez. Y se dejaba estar sobre la mesa del café como un estropajo, pero con el invisible orgullo de considerarse un maestro de hombres.

Era un personaje típico en el bar. Era sabido que casi todas las noches se le iba a encontrar en la mesita del rincón, bajo el palco de la victrolera, generosa en la exhibición de su naturales encantos. Y allí, serio, escondiéndose en una maraña de humo, superior a todos los transeúntes accidentados de la vida que buscaban solaz en el whisky, [illegible] la trayectoria de cada uno de ellos, previendo el [illegible] salvable. Por eso, nunca dió un consejo.

—"Shaybú", "La Blanca", aquella bailarina por la que se mató "El Feroz", me gusta. ¿Se puede ser feliz con una mujer que estuvo en contacto con semejantes cosas?

—Ve, "Rubio"; no puedo aconsejarte...

Y, aunque lo respetaban, se iban de su lado.

—¡Es un loco!

Y tenían la osadía de creer que lo estimaban.

—¡Pobre "Shaybú"; no es malo!...

Si alguna mujer del café se le acercaba para hacerle un mimo sin calor, con la generosa intención de ahuyentarle gratuitamente las sombras del semblante, "Shaybú" la rechazaba.

—¡Si yo fuera mujer lo haría mejor!

Y prefería estar solo, con su máscara de amargura, de huérfano resignado, orgulloso de su mirada, casi hostil...

El café, asentado en una joroba de la calle más lúgubre del suburbio, ostentaba la torpeza de un nombre que acentuaba el recuerdo de los tambos y potreros próximos: "El Perfume". A pesar de ello, se llenaba de hombres que iban allí a distraer su orfandad en las caricias maternales de "Nelly", en los lánguidos mimos de "Germaine". Las animadas reuniones de los sábados y domingos nunca dejaron de tener el concurso de Juan Fernández. Su mesa habitual estaba ubicada frente a la que, en los restantes días de la semana, ocupaba "Shaybú". Pero nunca se encontraron. Cuando "Shaybú" iba, Fernández faltaba. Y no se conocieron nunca. Jamás supo uno de la existencia del otro. Ni les interesaba.

Juan Fernández, ebrio durante las veinticuatro horas, gastaba hasta la última moneda del bolsillo en bebidas.

—¡Oiga, usted Vargas; tome otra copa, que yo invito! ¡Tome nomás!... ¡Y vos también, "Germaine", tomá, que yo pago!...

Y ella agradecía.

—... Yo soy Juan Fernandez, che "Germaine" —decía hipando—, y aunque te parezca mentira, tuve mujer, autoridad, dinero...

Y tambaleándose entre las mesas, sin ser escuchado por los parroquianos, que se sabían de memoria su cantinela, tenía un asomo de tristeza. Pero tomaba otra copa y volvía a reir.

—¡Cha digo, qué lindo!... Vení, "Germaine".

Y sin saber dar un paso de baile danzaba con ella entre las risotadas de todos, que se divertían con su inconsciencia de borracho.

Después, volvía contento a su mesa o palmoteaba los hombros de los parroquianos con esa paternidad que confiere el sentirse feliz. Si llegaba hasta la mesa desocupada, en la que "Shaybú" grababa sus pensamientos, Fernández se tomaba el vientre con las manos y sufría un ataque de risa.

—¡Pero vean qué imbecibilidad!... ¡Pensar esas pavadas en un cafetín que Fernández alegra con su risa!. . ¡Y Juan Fernández soy yo!...

Y todos reían a carcajadas

—¡Este Fernández es original! Tiene ocurrencias geniales!

A veces, "Nelly", que se había lanzado a la calle un sábado de gloria, lo reprendía, imponiéndole el ejemplo de la sobriedad de "Shaybú".

—¡Qué me importa de "Shaybú"! ¡Yo soy Juan Fernández! ¡A beber; a beber he dicho!..

"Nelly" se iba, vencida.

Alguien, entonces, le decía, sonriendo:

—¡Es un pobre diablo!...

Y ella se enojaba.

—¡No, señor! ¡No lo es! ¡Qué sabe usted, verdulero!...

Y Juan Fernández era feliz.

★

Concurrente poco asiduo, aquel hombre, entrado en años, de mirada altiva, gesto soberbio y sobre las vestiduras ajadas un intento fracasado de elegancia, entró al "bar" el último jueves de abril. Daban las 22 horas. Veintidós ojos lo acribillaron. El, heroico, indiferente.

Tiempo hacía que no le veían por allí. Otras veces había ido con los mismos gestos y la mirada insolente, jurando no volver. Y había vuelto.

El era el corazón de un anciano con ánimos de juventud no vencida y con ímpetus de huracán. Era resurrección. Era ejemplo. Y los otros, entre babas e hipos de embriagueces eternas, viéndole, se sentían gusanos. Y le tenían temor. Un temor de estremecimientos de almas. Porque cualquiera podía matarlo con un golpe de puño.

Pasó, entre dos filas de mesas, como un militar ciego. Se detuvo en el mostrador sin pedir una copa. Le sobraba una para ser "Shaybú". Le faltaba otra para ser Juan Fernández. Se miró a sí mismo y se tuvo asco. Veía, en su alma, gusanos. ¡Gusanos, gusanos, nada más! En la última copa había gastado el último centavo. Mañana no tendría para comer. [illegible] Así había tirado las economías de treinta, aquéllas con las que había pensado hacer el refugio de su vejez. Le habían dado una vida y un nombre. ¿Qué había hecho de su vida y de su nombre? El tenía orgullo de descender de un padre famoso. ¿Quién iba a vanagloriarse de él? ¿Quién? Y se mordía los labios, llorando. ¿Pero él tenía la culpa? ¡No! ¡El, no! ¡Lo había perdido todo y aun tenía voluntad para intentar la victoria! Y no podía verse así, sin contemplarse con repugnancia. No había resignación para su fracaso.

"Nelly", que merecía su confianza, fué hasta él para darle calma. Pero era tarde. El quería justificar, ante todos, el fracaso rotundo de sus sueños. No era suficiente que él conociera las causas ó las creyera dimanadas de un destino inapelable. Se había impuesto, ante el mundo, el deber de triunfar. No quería que, sobre sus despojos, un día dijeran: "Fué un pobre diablo. Se durmió, resignado, sobre sus propios escombros".

Había pedido, de rodillas, trabajo. ¡Y nada! Era un predestinado. Era la suprema disculpa. Y ahora, ¿qué restaba por hacer? ¡Matarse! Porque él no podía soportar la ignominia de ser un despojo de sí mismo. ¡Matarse!

—¡No; júrame que no lo harás! — le dijo "Nelly".

Había que justificar la decisión última. Justificarla ante sí y ante el mundo.

La mirada insolente, los ojos por encima de todas las testas, salió de aquel cafetín, donde "Shaybú" se había resignado a su fracaso y donde Juan Fernández había hecho de él una triste victoria. Conocía a ambos y tuvo asco y vergüenza de ellos.

La calle más céntrica de la ciudad se congestionó de transeúntes, y todos los noctámbulos se dieron cita para ver a aquel raro personaje que se había parado en una esquina, altivo, soberbio, la frente erguida, colgado al cuello un extraño cartel:

"Si no me socorréis dignamente, hoy se mata un hombre".

Y, claro; se mató.

Le sobraba una copa para ser "Shaybú". Le faltaba otra para ser Juan Fernández.

por

Luis M. Albamonte

Ilustraciones de

Pascual Güida

Peloponeso y Jazmín ★ *por Hamlim*















